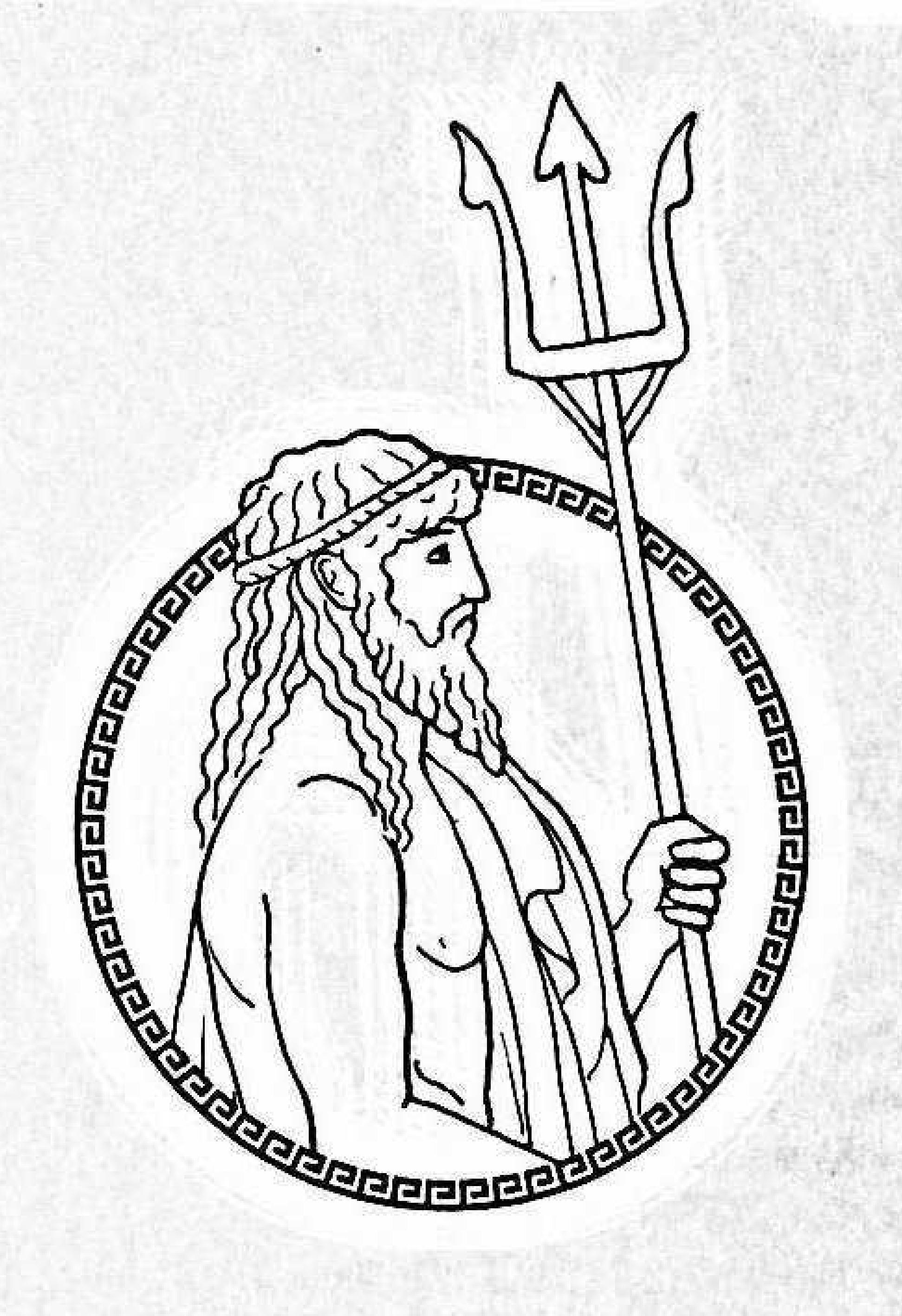
LA FURIA DE
POSEIDÓN



GREDOS

LA FURIA DE POSEIDÓN



MITOLOGÍA GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8890-5
Depósito legal: B 9219-2017

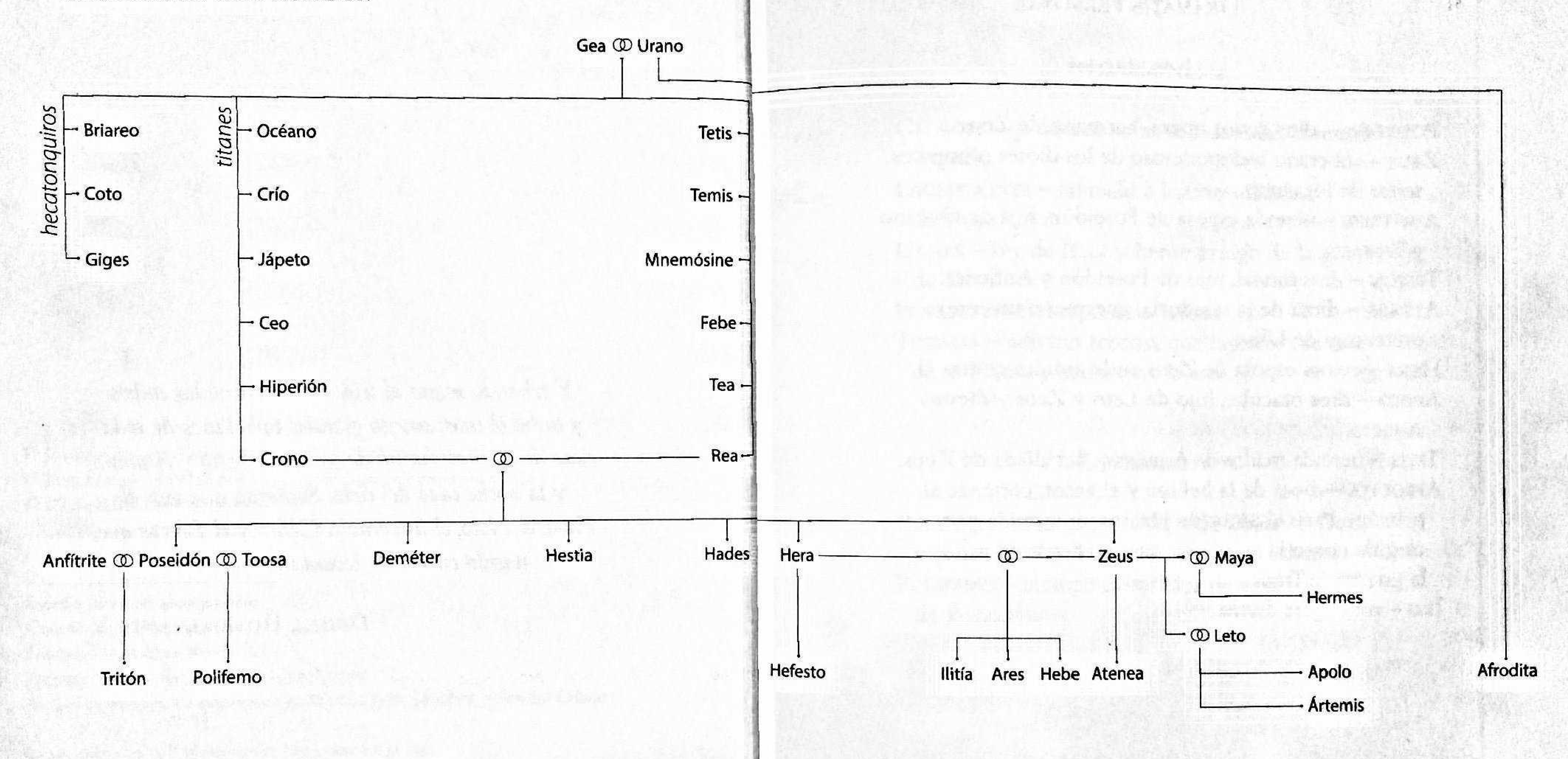
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Y echando mano al tridente, congregó las nubes y turbó el mar; suscitó grandes torbellinos de toda clase de vientos; cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Soplaron a la vez el Euro, el Noto, el impetuoso Céfiro y el Bóreas que, nacido en el éter, levanta grandes olas.

Odisea, Homero, canto V

Genealogía de Poseidón



Dramatis personae

Los eternos

Poseidón – dios de los mares, hermano de Zeus.
Zeus – soberano todopoderoso de los dioses olímpicos, señor de los cielos.
Anfítrite – nereida esposa de Poseidón, hija de Océano y Tetis.
Tritón – dios fluvial, hijo de Poseidón y Anfitrite.
Atenea – diosa de la sabiduría, guerrera e inventora, protectora de Ulises.
Hera – celosa esposa de Zeus, urde ardides contra él.
Apolo – dios oracular, hijo de Leto y Zeus y diestro arquero.
Tetis – nereida madre de Aquiles y fiel aliada de Zeus.
Afrodita – diosa de la belleza y el amor, concede al príncipe Paris el amor de Helena, en prenda por elegirla como la más bella, desencadenando así la guerra de Troya.
Iris – mensajera divina.

Los mortales

Cécrope – prudente soberano de Acte, la futura Atenas.
Laomedonte – taimado e injusto soberano de Troya.
Ulises – rey de Ítaca y héroe griego de la guerra de Troya.
Penélope – fiel esposa de Ulises.
Tiresias – adivino tebano, que conserva su don en el Hades y aconseja a Ulises.

Los monstruos

Briareo – hecatonquiro hijo de Urano y Gea, gigante de cien brazos y cincuenta cabezas.
Polifemo – cíclope devorador de hombres, hijo de Poseidón.

1

El dios anhelante

Con la bajamar, el océano se batía en lenta retirada, como si el refulgente disco solar que brillaba en mitad del cielo del que las aguas tomaban su intenso color lo intimidase con su cegadora presencia. Las olas rompían contra las rocas y la arenosa orilla con un deje melancólico y perezoso, mientras la brisa portaba el sonido de su sinfonía, extrañamente calmo. En su descenso, el mar iba revelando la presencia de la materia sólida, hasta entonces sumergida, como un secreto ufano y resplandeciente, largamente guardado. Por alguna razón, en aquel mediodía era la tierra firme la que parecía horadar y desgastar el azul inmenso, y no al revés.

Sentada sobre un farallón batido por la espuma, una figura de porte formidable y augusto contemplaba la cercana costa con mirada anhelante. Los rizos oscuros de su magnífica barba le llegaban hasta el ancho pecho, perlado de gotas diminutas y salinas. Apoyado en la roca, junto a su poderoso

brazo, un tridente áureo devolvía los destellos solares con renovado fulgor. Las rítmicas ondulaciones de la masa de agua se acompasaban al movimiento suave y regular del enorme tórax de la silente silueta, como si fuera su respiración, lenta y profunda, la que dictaba su cadencia. Poseidón estaba triste. Era el ánimo lánguido y reconcentrado de la deidad marina el que impregnaba el océano entero en su retroceso parsimonioso, mientras el azul verdoso y abisal de sus ojos recorría los acantilados parduzcos, los frondosos bosques quebrados aquí y allá por senderos, las casas apiñadas de las aldeas ribereñas y, más atrás, los campos de mieses y los rebaños desperdigados por las cumbres.

Al otear el horizonte firme, el absorto vigía se interrogaba por los motivos que impulsaban las acciones de los mortales, pues, por más que se esforzase, no lograba comprenderlos. Y, sin embargo, codiciaba la atención y la pleitesía de aquellas criaturas veleidosas e imprevisibles que, como las hojas, tan pronto florecen llenas de esplendor como se marchitan. ¿Por qué lo hacía? La blanca espuma rozaba sus pies con cadenciosas caricias, como queriendo rendirle ella el homenaje que le era tan esquivo y, al hacerlo, rescatar su divino intelecto de las sombrías fosas por las que vagaba. Mas el dios, impertérrito, se sumergió en las aguas y, llegándose hasta la orilla, continuó su meditación sobre la esponjosa arena con el mismo gesto zaherido.

Fue así como, tras pasear largo rato por la playa creciente y solitaria, Poseidón se descubrió a sí mismo trazando sobre la arena el mapa de sus dominios con la base de su tridente. Delineó primero el contorno del Mediterráneo, con sus costas al norte y al sur, y luego el del Egeo, salpicado de

islas. Dibujó a continuación la inmensa Creta, las formas recortadas del Ática y el resto de las regiones situadas tierra adentro. Terminado el trazado, con un leve gesto de su dedo índice ordenó entonces a las aguas que penetraran en la arena, inundando los espacios del mundo que cubría el mar. La imagen resultante no dejaba lugar a la duda: su reino era, en efecto, mucho más extenso que el que ocupaba la superficie emergida, tanto como para despertar la envidia de cualquier deidad o soberano. ¿Por qué entonces aquella amargura creciente, aquella funesta melancolía? ¿Qué alimentaba la insatisfacción que comenzaba a adherirse en lo más profundo de sus entrañas como se adhieren la humedad y el salitre a todo lo que entra en contacto con ellos? Poseidón suspiró y, al hacerlo, el mar se encrespó en una ola inmensa que se deshizo al poco, abatida, al vaciarse los colosales pulmones del dios, sin llegar siquiera a romper.

Tres delfines sesgaron el aire como saetas marinas antes de volver a zambullirse. Su imperio hervía de vida y belleza, caviló el señor de los mares, pero carecía de emoción, de la épica y la gloria que solo las audaces empresas humanas, por más absurdas que muchas veces fueran, lograban conquistar. El portador del áureo tridente volvió a fijar sus ojos en la arena y concentró su atención en la silueta de la península ática. No hacía mucho que su hijo, Tritón, le había traído noticias acerca de que algunos de los habitantes de la más próspera ciudad de la región, la joven Acte, habían comenzado a levantar un templo en su honor sobre el cabo de Sunion, un otero natural asomado a las aguas del Egeo. La noticia, que agradó sobremanera al soberano marino, tornó aún más acuciante, empero, aquel anhelo por tanto tiempo

sumergido, el mismo que hoy se hacía tan palpable, a duras penas contenible.

—Háblame de ella —había instado Poseidón a su hijo en su palacio submarino, que, como una gigantesca perla, esplendía en las profundidades, rodeado de anillos acuáticos que lo hacían inexpugnable.

—Acte es la más floreciente ciudad del Ática y visos tiene de llegar a serlo algún día de la Hélade entera —respondió la deidad anfibia de cola de pez—. Es a su prudente monarca, el sabio Cécrope, a quien debe en gran parte su lustre y su bonanza. Suprimió bárbaras costumbres, como los sacrificios humanos, para instaurar otras nuevas, como la del matrimonio, además de adiestrar a su pueblo en el trabajo de la madera y el cultivo de la vid.

—¿Un rey campesino? —se había mofado con sorna Poseidón, cuyo natural celoso no pudo más que resentirse al percibir la admiración que traslucían las palabras de su hijo.

—Un rey inventor, padre —había aclarado Tritón—. No en vano el templo ya finalizado que preside la acrópolis de la ciudad, erigido no ha mucho, está dedicado a Atenea, la de ojos garzos e inagotable ingenio —había añadido, no sin malicia, de modo que su madre, Anfitrite, esposa de Poseidón, lo censuró silenciosamente con la mirada desde la enorme concha que ocupaba, detrás de ellos, en sedente majestad.

Los ojos de Poseidón se llenaron entonces de cólera y Tritón calló, bajando los suyos, azorado, pues sabía que su padre anhelaba extender su poder más allá de la costa todo cuanto le fuera posible, como una marea que, en sus idas y venidas, fuera devorando la tierra poco a poco, sin que nadie pusiera mientes en ello. Grandes hazañas llevaban a cabo allá arriba

los brazos esforzados de los héroes con que su hermano, el soberano celeste, había acabado poblando la anchurosa parte seca de la creación, y a menudo tenía que limitarse él a observarlos desde lejos y desde abajo, contentándose con ver pasar a los aventureros por los caminos del mar, que, para ellos, eran poco más que los dominios donde reinaba un dios terrible y extraño.

En los días siguientes, para inquietud de la propia Anfitrite y de Tritón, el ánimo de Poseidón no había hecho sino tornarse más y más sombrío; pocas eran las palabras que salían pronunciadas de su boca cuando retornaba de sus largas ausencias, y hasta los hipocampos se agitaban nerviosos en sus cuadras marinas al verlo acercarse, tal era la violencia con la que los azuzaba y magullaba durante aquellas jornadas de obsesivas expediciones costeras.

—Acte… —murmuró el dios, fijando la vista en el horizonte, en dirección a las níveas cumbres del Olimpo, mientras deshacía, barriendo la arena con su tridente, el mapa que con tanto esmero había trazado.

◦◦◦

Sin esperar a ser anunciado, Poseidón empujó la gigantesca puerta del gran salón celeste y entró en la diáfana estancia. Lo que allí encontró no hizo sino ofuscar aún más su ánimo. De espaldas a él, Atenea y Zeus caminaban conversando serenamente, la hija tomada del brazo del padre. Llevado por una intuición repentina, el dios marino fijó a continuación la vista en los pies del regio sitial, donde un vórtice acelerado mostraba la imagen de una ciudad bulliciosa, que al punto identificó como Acte. La ojizarca se le había anticipado.

Su turbación aumentó. Sabía Poseidón que la devoción que muchos de los habitantes de Acte comenzaban a mostrarle tenía en la veneración por Palas una seria competidora, pero sabía también que, a pesar de los sacrificios que ardían regularmente en sus piras, y a pesar de ser cada vez más codiciada, la ciudad no gozaba todavía del patronazgo sancionado de ninguna divinidad. Ese era el motivo de su visita aquella tarde.

—Intuyo que el tema de vuestra charla me concierne.

Su voz áspera y poderosa resonó en el gran salón como el bramido de un león marino. Zeus y Atenea se volvieron de inmediato, sorprendidos.

La joven diosa clavó en él sus insondables ojos garzos, visiblemente contrariada por su presencia. Poseidón sostuvo su mirada con virulencia. La insolencia de aquella mocosa de porte viril y enigmático lo había irritado desde su llegada al Olimpo y, si bien tenía que reconocer su inteligencia y la discreción de sus juicios, lo irritaba la predilección nada disimulada que su padre mostraba por ella. Tampoco olvidaba el señor de las aguas que era su virginal mano la que había dado muerte, por muy accidentalmente que fuera, a su nieta Palas, la hija de Tritón, de la que Atenea había tomado también el nombre en luctuoso recuerdo. Ya iba esta a intervenir, cuando Zeus la instó a guardar silencio con un gesto y tomó la palabra.

—Hermano mío, ¿a qué debemos el honor de tu visita? ¿Qué perturba tu ánimo para que perturbes así el nuestro? —dijo, sonriendo.

—Seré franco y no me andaré con rodeos, Zeus —respondió Poseidón, quien aún tardó unos instantes en despegar sus ojos de los de Atenea—. Bien sabes, hermano, que

no habitan hombres en mis dominios. Hades extiende su poder sobre sombras silenciosas, que antaño fueron seres llenos de brillo y sabiduría, y a las que es posible, si así se desea, devolverles el habla. Tú otorgas el regalo de la lluvia sobre las cosechas que alimentan a aldeas y ciudades y te haces oír y admirar con el sonido de tus truenos. En cuanto a mí, reino sobre una inmensa variedad de criaturas bellas y exquisitas, pero sin razonamiento. Me veo impedido para, como sin embargo deseo, dar a mi poder usos que sean de ayuda a las grandes empresas que los hombres acometen, muchas veces insensatas, desesperadas, pero con cuya valentía el universo se ilumina. Poco puedo hacer yo en ello más que darles buenos vientos o hundirlos en el mar, hacer retumbar la tierra o aterrarlos con mi fuerza colosal. Por eso he venido hoy a comunicarte cuál es mi afán antes de llevarlo a cabo, porque no es mi deseo indisponerme contigo…, aunque temo que puedan habérseme anticipado —concluyó tras carraspear ligeramente, volviendo a clavar sus ojos como un tridente en los de Atenea.

Tal diciendo, calló el dios a la espera de una indicación de Zeus para exponer su petición. El soberano celestial lo contempló admirando su franqueza y sus nobles palabras, deseoso de poder devolver de algún modo a su temible hermano el gesto de respeto. No en vano habían luchado ambos hombro con hombro, protegiéndose mutuamente en cuantos combates urgentes se habían presentado a los olímpicos, sin que el dios del mar hubiera faltado jamás a su llamada. Tampoco habían faltado las ocasiones en que el carácter indómito de este los había enfrentado. Sabía Zeus, sin embargo, que en aquella ocasión iba a ser arduo concederle

el favor que solicitaba, que ya intuía, y que era el mismo que Atenea le acababa de reclamar.

—Habla pues, di cuál es tu afán —le conminó aun así el soberano celeste.

—Deseo poner bajo mi protección a la ciudad de Acte, cuyos habitantes erigen un templo en mi honor y hace ya tiempo que posan su mirada, también anhelante, sobre las verdes aguas del Egeo, sintiendo la llamada de las grandes empresas que han de llevarlos muy lejos de sus campos y viñedos, en pos de mayores glorias. En tales trabajos deseo yo acompañarlos y brindarles amparo.

Al escuchar las palabras de Poseidón, padre e hija cruzaron una mirada. Esta vez, sin embargo, el soberano no pudo contener la réplica de la impetuosa guerrera.

—Tarde llega tu petición, tío —dijo Palas—, y poco fundada se me antoja. Es a mí a quien honran mayoritariamente los habitantes de la próspera Acte y es mi sabio juicio el que precisan para continuar en la senda civilizadora sobre la que ya los ha puesto el prudente Cécrope. No proyectes sobre la ciudad tus propios anhelos expansionistas, pues no harían sino desbaratar la paz y el orden de los que tan merecidamente goza. Regresa más bien a tus profundidades y desiste de gobernar sobre aquellos a los que apenas comprendes.

Aquella palabras hirientes se hundieron como garfios en el orgullo de Poseidón. Confirmaban y culminaban de manera explícita, harto dolorosa, la afrenta que el dios llevaba largo tiempo sintiendo macerar en su interior. Que salieran de boca de una diosa a la que aventajaba en edad, honores y poder no hacía sino incrementar su furia.

—¿Cómo osas hablarme así, patrona de torneros e hilanderas? —rugió Poseidón, su mano aferrando con tal violencia el tridente que se tornó lívida—. Sabe que si no fueras hija de quien eres, pagarías al punto tamaña ofensa…

Como quiera que Atenea no cesaba en su actitud desafiante y conocedor del pronto genio de su hermano, Zeus se apresuró a terciar antes de que la disputa estallase en un combate abierto.

—¡Basta! —ordenó—. Deponed al punto vuestra actitud. Refrena, Atenea, tu lengua, y contén tú, hermano, tu ira. Serán los habitantes de Acte y su monarca quienes diriman esta contienda. Mostrad de qué sois capaces. Haced cada uno un presente a la ciudad que tanto ansiáis unir a vuestro nombre y solo a ella corresponderá juzgar su valor y escoger, en consecuencia, su protector.

Asintió en silencio la nacida de la cabeza de Zeus.

—Rehúyes tu responsabilidad en este lance, delegando tu autoridad, pero a ella me someto —dijo a su vez Poseidón—. En cuanto a ti, ojizarca —continuó, señalando a Atenea con el tridente—, ocasión habrá de enseñarte modales y el lugar que ocupas.

De este modo abandonó el dios del mar el palacio olímpico, tan irritado como decidido a aumentar los límites de su vasto imperio, iluminando sus insondables abismos con el brillo prestado de las gestas humanas y las intermitentes luminarias de su razón.

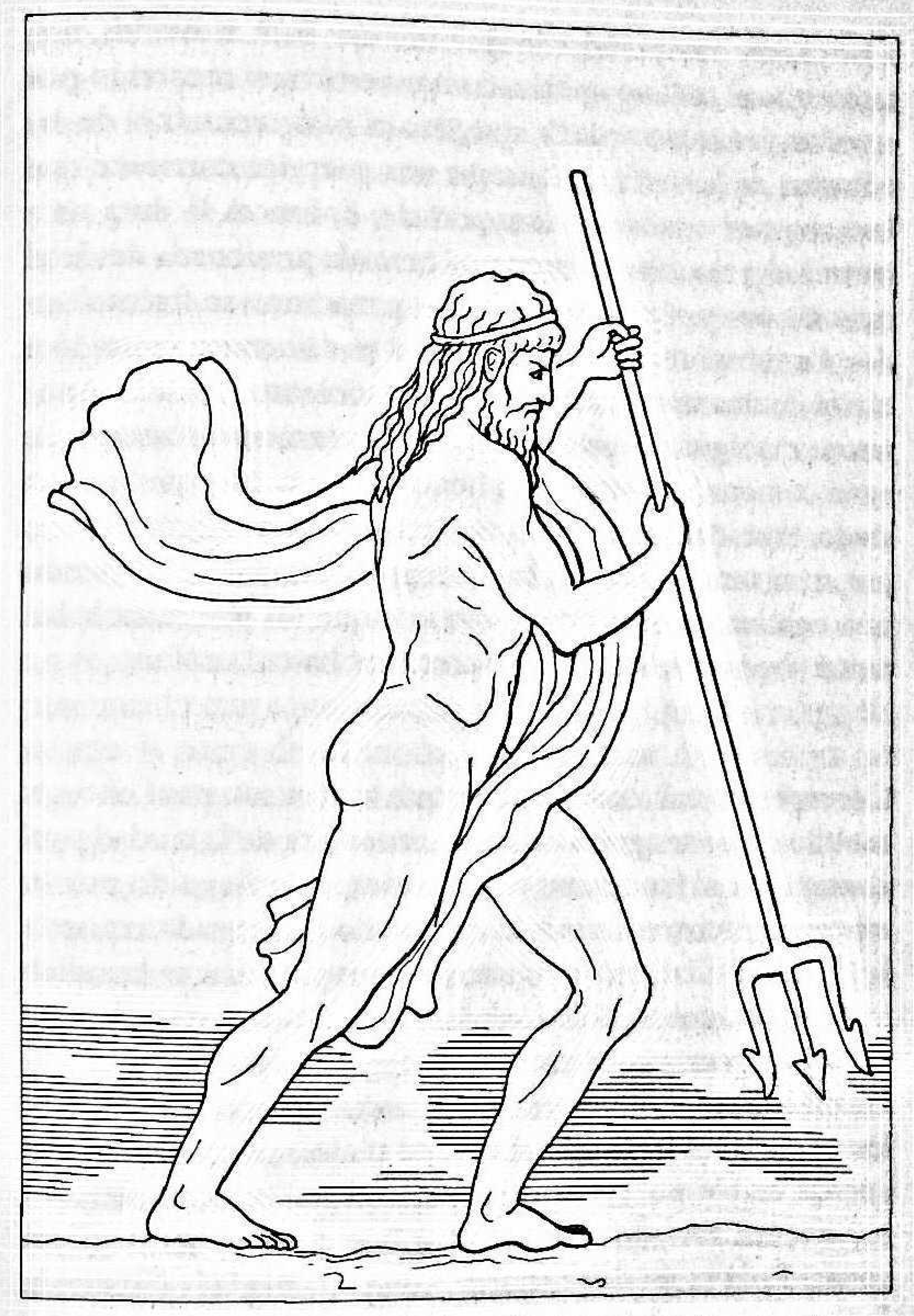
◊◊◊

Los primeros rayos de sol, que despuntaban tras las colinas azuladas, alumbraron poco a poco los edificios de Acte,

cuyas blancas fachadas comenzaron a reflejar la luz, disipando las sombras de la noche. Desde el promontorio de la acrópolis, el señor de los mares observaba la ciudad que se extendía a sus pies: su arquitectura era sencilla y el trazado de sus calles, aún desordenado. En él se arracimaban viviendas, plazas y templos dando testimonio de una vida intensa, hirviente, ya imposible de contener. El emplazamiento privilegiado de la ciudad y su cercanía al mar alimentarían su ya incipiente prosperidad y la convertirían en paso obligado de rutas comerciales, que harían florecer a su vez el comercio, los oficios y las artes. Estaba Acte llamada a ser una gran ciudad y sin duda era fundado el temor de su rey a la codicia que pronto habría de despertar en otros pueblos.

Apoyado en su tridente, Poseidón miró en derredor y, entre la bruma que se levantaba al calor del sol, observó las colinas que se extendían frente a sus ojos. Sonrió. Aquellas elevaciones servían de parapeto a los vientos y frenaban la llegada de las nubes, por lo que Acte tendría siempre un clima seco, de inviernos suaves pero, también, de veranos muy calurosos. No abundaba el agua en sus alrededores y el mar estaba a cierta distancia. Buscó entonces el lugar donde el terreno se inclinaba hacia un pequeño valle. No bien se hubo situado en él, contemplándolo desde lo alto, levantó el tridente y luego lo descargó con todo el vigor de su nervudo brazo para golpear la roca que tenía a sus pies. Agitadas por el poderoso impacto, se removieron las profundidades y tembló el suelo de la acrópolis. La onda fue multiplicando su fuerza hacia el interior de la tierra, expandiéndose en todas las direcciones.

En sus hogares, los ciudadanos de Acte se despertaron al sentir que sus lechos temblaban y corrieron a abrazarse unos



Poseidón levantó el tridente y lo descargó contra una roca vigorosamente.

a otros, sin comprender lo que sucedía. Aún asustados, notaron que el suelo palpitaba como si estuviera recorrido por arterias llenas de vida, y que, en lo más recóndito de las entrañas de la tierra, se desataba una enérgica corriente que luchaba por estallar en la superficie. Entonces la dura roca comenzó a temblar y, como una granada presionada desde el interior por sus granos hinchados y maduros, se fracturó en dos. La fuerza telúrica que pugnaba por liberarse emergió a través de una inmensa grieta con un violento estallido. Apenas se extinguió el primer estertor, un inmenso torrente de agua comenzó a brotar de la hendidura y se precipitó colina abajo. Poseidón contempló complacido el prodigio obrado por su mano y, tal como había llegado, desapareció tejiendo una neblina en torno suyo, antes de que los primeros habitantes de Acte se llegaran, alborotados, hasta la colina.

◇◇◇

Cécrope ordenó a sus hombres que le abrieran paso entre la multitud, que se agolpaba ya en la zona alta de la ciudad para contemplar el fenómeno recién acontecido. Seguido por su esposa, Aglauro, y sus más allegados, notó que cada vez se le hacía más dificultoso caminar, pues sus sandalias se hundían en el barro que también salpicaba su túnica, haciendo que esta se le pegara a las piernas. El lugar se había convertido en un lodazal. Uno a uno, sus guardias fueron apartando a los ciudadanos hasta que el séquito pudo acercarse a la roca, apenas visible, pues el agua la cubría ya casi por completo. El rey suspiró aliviado al comprobar que de la inmensa grieta apenas fluía ya un débil chorro. Aún tenía fijada la vista en la formidable hendidura, cuando, para mayor asombro, el agua

dejó de brotar. A su espalda, el viento del sur que comenzaba a levantarse le trajo los murmullos de su pueblo, que atónito, como él, contemplaba lo sucedido. Observó que la corriente había formado un pequeño lago en el valle que se extendía a los pies de la colina y había sumergido bajo las aguas un edificio a medio construir, del que ahora solo se apreciaban unas columnas que, como un navío encallado, permanecían incólumes en mitad de las aguas. Entonces, el viento agitó la superficie y todos los presentes pudieron escuchar, con la nitidez de quien acerca su oreja a una caracola, el inconfundible rumor del mar.

Cécrope miró a su esposa Aglauro y, tomándola de la mano, sonrió. Empezaba a comprender el sabio monarca que aquel movimiento de la tierra no había anunciado un castigo sino un regalo. Era sin duda el mismísimo Poseidón quien había obsequiado con aquel milagro a la ciudad. ¿Quién si no podía sacudir la tierra de tal modo y hacer brotar de la misma un lago de la noche a la mañana? Aquel embalse contribuiría a la pujanza de Acte, pues la haría depender menos de las lluvias para regar los campos y obtener copiosas cosechas. Se disponía a compartir estas cavilaciones con Aglauro, cuando un lamento de consternación se propagó entre la multitud. En boca de todos corría ya que el lago era salado. Aún incrédulo, Cécrope se agachó y, formando un cuenco con sus manos, tomó un poco de agua. Poco tardó en escupirla con un gesto de desagrado, ante la mirada inquieta de su esposa y del resto de los presentes. Aquella era, efectivamente, agua de mar.

¿Qué pretendía pues el señor de las aguas con aquella demostración de poder, ayudarlos o atemorizarlos? Cuchicheaban los campesinos, amedrentados, en voz baja, quejándose

de que el lago divino no sirviera para mitigar sus penurias ni aliviar la sequía de sus huertos. Por su parte, formando otros grupos, marineros y hombres de fortuna compartían su entusiasmo por lo que creían era una señal inequívoca del dios, que de tal modo había traído el mar a la ciudad para alentarlos a surcar sus aguas en pos de conquistas e inmortal fama para una nueva Acte.

El debate sobre la naturaleza del don comenzaba a encenderse en aquella nueva y sorprendente orilla cuando apareció un destello en mitad del cielo, acallando todas las voces. Alzaron entonces los presentes la cabeza y contemplaron extasiados una sublime silueta femenina flotando sobre el promontorio. La luz cegadora que desprendía obligó a muchos a protegerse los ojos con la mano. Fue Cécrope quien primero reconoció a Atenea por la larga pica y el magnífico penacho de su casco. El soberano y todo el pueblo de Acte contuvieron la respiración cuando la diosa, suspendida en el aire a poca distancia de la roca herida por Poseidón, extendió su brazo y abrió el puño que hasta entonces había tenido cerrado. De él cayó una semilla que fue a hundirse en el mismo firme gredoso. El mutismo generalizado no tardó en dejar paso a las exclamaciones de asombro, apenas ahogadas, cuando de la roca brotó, en el mismo punto en que la semilla había desaparecido y con asombrosa celeridad, un árbol nudoso y cargado de verdes frutos. El rostro de Cécrope se iluminó. La visión repentina de aquella fuente frugal pero inagotable de madera y alimento lo llenó, como a tantos de sus conciudadanos, de júbilo. Si aquella mañana de prodigios divinos obedecía, como todo apuntaba, a una competición entre ambas deidades por brindar a su ciudad

la protección por la que él tanto había implorado a Zeus, en sus pupilas agrandadas se intuía ya, junto a la sorpresa, también su veredicto.

◇◇◇

La furia de Poseidón hizo temblar las paredes del palacio submarino y se extendió por las aguas oceánicas, haciéndolas vibrar en ondas concéntricas que provocaron terribles remolinos en la superficie. Multiplicados por el efecto del mar, los gritos del dios llegaron a oídos de Anfitrite, que nadaba en las costas del Egeo. A una y otra orilla del mar, el oleaje se embraveció de súbito y los navíos que se vieron sorprendidos en las aguas del cabo de Sunion se encomendaron a los dioses y rogaron que el viento que con tanta violencia azotaba sus velas les permitiera alcanzar a tiempo un puerto en el que resguardarse.

Angustiada, Anfitrite se zambulló en dirección a las profundidades abisales. Allí se encaramó a lomos de un caballo marino, que con los poderosos flagelos de su cola de pez recorrió a toda prisa las aguas, luchando contra el mar y remontando grandes corrientes submarinas. Cuando alcanzó las puertas del palacio de Poseidón, descendió de su montura y el hipocampo relinchó a modo de despedida antes de volver a desaparecer en la oscuridad azulina.

Había perdido la cuenta de los años que habían transcurrido desde que Delfino la convenciera con sus ruegos para que aceptara por esposo a Poseidón, loco de amor por ella desde que la viera bailar en Naxos, junto a otras nereidas, un tarde de primavera. Solo a regañadientes había aceptado entonces y, al principio, sintió que el corazón se le arrugaba

en aquel vasto y solitario palacio abisal, oprimido por la gigantesca masa de agua muda que los separaba del mundo. Sin embargo, con el tiempo, había aprendido a amar el carácter áspero pero noble de su marido, que se deshacía en atenciones para con ella, y a gozar de las ocultas maravillas del imperio que compartían. Solo la aterraban los periódicos raptos de melancolía en los que el dios caía, tornándose inaccesible, y los estallidos de ira que casi siempre seguían a los primeros, con funestas consecuencias.

Mientras se encaminaba a palacio, Anfitrite envolvió su delicada piel en una túnica que sujetó sobre sus hombros usando como fíbulas las pinzas de una langosta. Temblorosa, pero decidida a intentar aplacar el enfado del dios, cruzó la puerta principal, custodiada por inmensas columnas de oro que se erguían entre rocas cubiertas de moluscos, y se dirigió al gran salón. Encontró allí a su esposo, sentado en su trono, sujetando con firmeza el tridente. Los ojos azules de la nereida, serenos como un mar en calma, buscaron los de su marido, que ardían inyectados en sangre.

—Las naves de los mortales tratan de huir del naufragio seguro al que tu furia las condena —dijo ella.

Poseidón, con la mirada clavada en el suelo y los músculos de sus poderosos brazos en tensión, parecía no escucharla. Anfitrite se acercó y se sentó a sus pies. El dios no tardó en volver la mirada hacia su esposa, a quien tanto amaba, y a cuyos brazos siempre regresaba tras sus aventuras y escarceos. La mera presencia de la nereida lo sosegaba. Alzó ella la mano y, asiendo las barbas de su marido, acercó su cabeza a la suya hasta que sus labios se unieron. Se sentó entonces Anfitrite sobre el ornamentado brazo del trono y, haciendo

reposar su mejilla sobre el pecho de su esposo, le susurró con voz suave:

—Dime, ¿qué atormenta tu alma?

—¡El desatino de Cécrope, el soberano de Acte! —bramó el dios, golpeando el suelo con su tridente—. Ha despreciado mi regalo y ha preferido el don de Atenea: un árbol enjuto y famélico al que llaman olivo.

Viéndolo tan conturbado, Anfitrite hundió sus manos en el ensortijado cabello del dios y, después de despojarlo de su corona, le acarició las sienes con suaves círculos. Por mor de aquel sencillo gesto, los mares se aquietaron durante unos instantes.

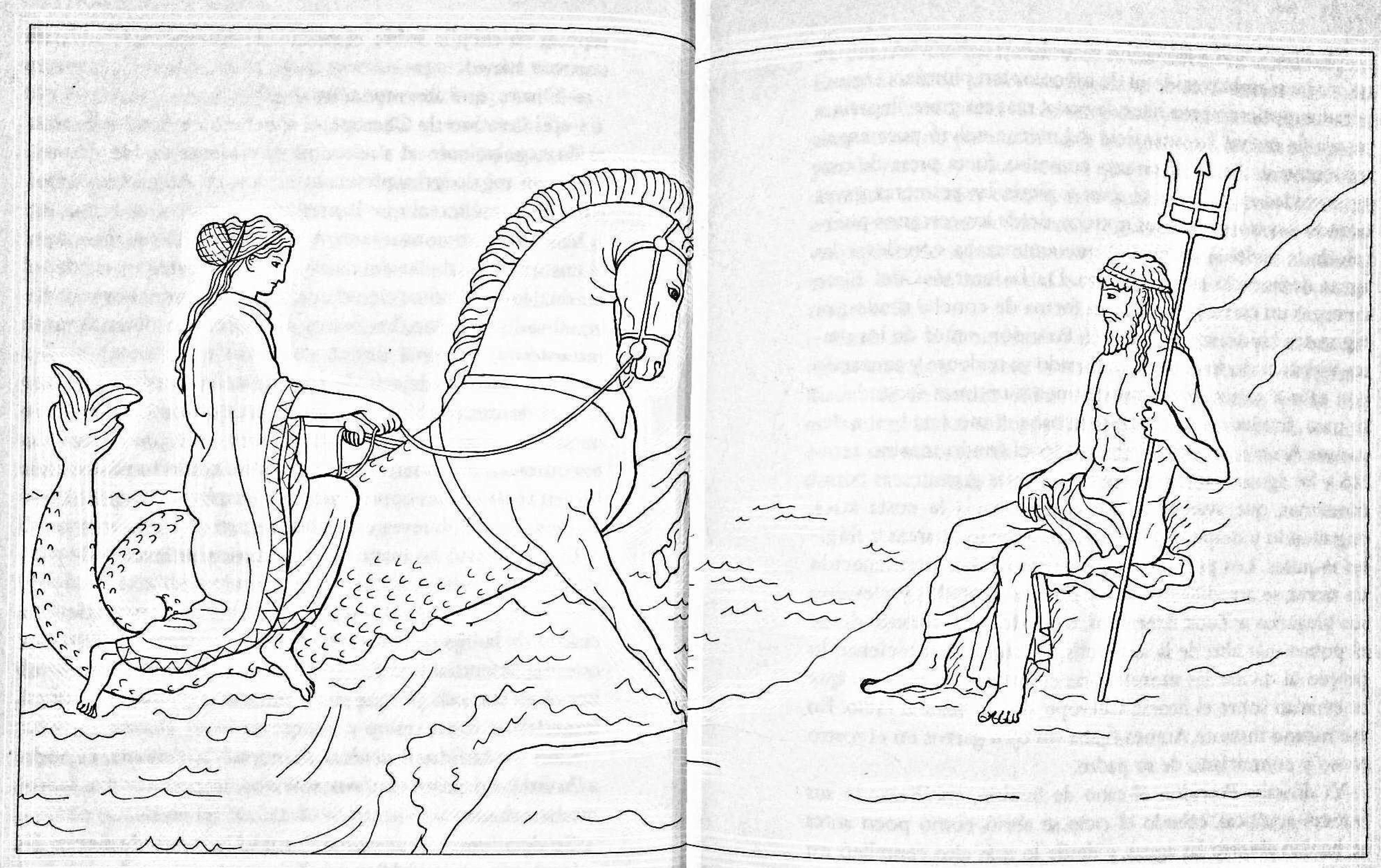
—No por ello dejarás de gozar enteramente de la veneración de ese pueblo, pues bien sabes que muchos de sus habitantes sienten una atracción irresistible por el mar. Te encomendarán sus naves al zarpar, solicitando tu protección. No en vano te han consagrado un templo, te dirigen plegarias y sacrifican bueyes en tu honor...

El dios apartó las manos de su esposa y se levantó de golpe. Encolerizado, gritó:

—Acte llevará desde hoy el nombre de Atenas. ¡Será la ciudad de la hija de Zeus! He sido despreciado, Anfitrite, ¿es que no lo entiendes? Si siguen haciendo sacrificios en mi honor es tan solo porque temen mi furia. ¡Y hacen bien en temerla!

Con un bufido, Poseidón abandonó la estancia, dejando a Anfitrite a solas con sus sollozos, impotente. La suerte estaba echada.

Se desataron vientos terribles que agitaron de nuevo las aguas y arreciaron al llegar a la costa. Los pescadores áticos



Anfítrite alcanzó las puertas de palacio a lomos de un caballo marino.

que habían salido a faenar no recordaban haber visto nunca un mar tan embravecido ni de un color tan plomizo. Desesperados, pusieron proa hacia la costa, mas ninguno llegaría a pisarla de nuevo. La superficie del mar se volvió pura espuma, como si el océano entero, convulso, fuera presa de una enfermedad sagrada. Ya se iban a pique las primeras naves cuando llegaron a Acte las noticias, desde los cercanos puertos, de la violenta tempestad que amenazaba con llevar las aguas desbocadas tierra adentro. De las entrañas del Egeo emergió un carruaje dorado en forma de concha tirado por vigorosos hipocampos. Sobre él, Poseidón, señor de los mares, ejercía todo su poder, blandiendo su tridente y azuzando con saña a su tiro, mientras delfines y tritones secundaban su paso. Entorno a él, el viento silbaba como una bestia demente. A un solo gesto de su mano, el fondo marino tembló y las aguas comenzaron a formar olas gigantescas como montañas, que avanzaban inexorables hacia la costa ática, engullendo y despedazando a su paso navíos, barcas y frágiles esquifes. Los pocos marineros que habían permanecido en tierra, se arrodillaron en los puertos azotados y elevaron sus plegarias a Zeus. Aterrados, oteando el horizonte desde el punto más alto de la acrópolis, los atenienses hicieron lo propio al divisar las monstruosas columnas de espuma que se cernían sobre el litoral. Cécrope alzó la vista al cielo. En ese mismo instante, Atenea fijaba sus ojos garzos en el rostro tenso y contrariado de su padre.

Ya divisaba Poseidón el cabo de Sunion, encabezando sus huestes acuáticas, cuando el cielo se abrió, como poco antes se habían abierto las aguas, y desde lo más alto centelleó un rayo colosal que lo descabalgó del carro y pareció evaporar

las paredes de agua, convertidas de súbito en denso vapor. Desconcertado y rabioso, Poseidón intentó encaramarse de nuevo al carro, mas no lo encontró, y cuando se disponía a alzar su mano para ordenar a las aguas que hicieran lo propio de nuevo, y a los vientos que retornaran a arreciar, una segunda descarga celeste cayó sobre el mar, propagándose como un sarmiento eléctrico y golpeando de nuevo al dios, empujándolo aguas adentro con violencia hasta hundirlo en lo más profundo del océano, sin que pudiera oponer resistencia.

Cesó así la tempestad y volvió a brillar el sol sobre las aguas en calma y sobre la nueva ciudad de Atenas. Solo Anfitrite, de delicados oídos y corazón compasivo, pudo oír, compungida, los sollozos del terrible dios derrotado, quien, como un niño, gemía quebrantado y abatido en lo más hondo del mar, donde no llega la luz.

2

La conjura de los dioses

Era ya muy entrada la noche y llovía sobre el Olimpo. La lluvia pertinaz que no había dejado de caer durante toda la jornada no cesó al declinar el día, ni tampoco cuando el negro manto cubrió con sus sombras la faz de la tierra y las altas cumbres. Desde hacía largas horas, tan solo el repiqueteo constante del agua se oía en las moradas de los dioses, la lluvia y, más quedamente, los pasos de la reina consorte, finamente amortiguados por la seda, quien vagaba insomne y sola de una estancia a otra del más elevado y fastuoso de los palacios olímpicos. Acercándose a una barandilla protegida por una gran arcada, Hera se asomó al exterior, a la negrura infinita, y sintió el viento frío y húmedo de la noche en las mejillas. ¿No bastaba a Zeus con ausentarse noche tras noche para además rasgar así los cielos y vaciar las nubes? A la tenue luz de las antorchas, la belleza de la diosa, fría y altiva, poseía un aura espectral, casi glacial. Dejó escapar un

largo suspiro con la vista aún fija en la lóbrega distancia y los oscuros contornos de las montañas.

Excitada por la rabia e incapaz de abandonarse al sueño, aquella lluvia la retrotraía a la tarde en que había comenzado todo, una lluvia que hoy, en aquella hora triste, maldecía. Recordó la abrupta carcajada de un trueno resquebrajando el cielo de primavera, repentinamente oscurecido, y las primeras gotas que anunciaban el aguacero. Recordó la hierba devenida esponjosa bajo sus sandalias cuando echó a correr, ligera, para guarecerse; recordó la atmósfera densa y aceitosa, y la percepción súbitamente aguzada de la vegetación exuberante, salpicada de jacintos, lirios, narcisos y otras flores embriagadoras, que parecían multiplicarse y salirle al paso para demorarlo, entreteniéndola. Recordó también cómo se le había escapado la risa al anticipar el frío contacto del agua y cómo, todavía riendo, ya empapada, tras salvar un arroyo divisó al cuclillo arteramente apostado junto al cauce, enlodado y tembloroso, incapaz de alzar el vuelo. Rememoró cómo, llevada por una piadosa ternura, lo había tomado delicadamente en sus manos y, refugiándose bajo la bóveda de un roble, lo había acercado a su seno para darle calor. Un espasmo irreprimible la recorrió de abajo arriba, agitando levemente el alto polos que tocaba su cabeza, cuando evocó, con los ojos cerrados, cómo el ave indefensa de curvo pico se había transformado de repente en figura humana, cómo los miembros robustos y el pujante deseo del dios sometieron sin esfuerzo ni miramiento alguno su cuerpo frágil y tierno, completamente paralizado a partes iguales por el pudor y el terror. Una lágrima surcó su mejilla al pensar en las muchas que empañaron su mirada cuando, con el rostro

vuelto hacia un lado y pegado a la fría hierba, se esforzaba por rehuir a toda costa los ojos lascivos de su asaltante, aferrándose en vano con sus delicados puños a la hojarasca humedecida con cada una de las salvajes acometidas. «En nada has cambiado, hermano», pensó. Sus pómulos estaban encendidos de vergüenza, la misma vergüenza que la había impulsado entonces a unirse a él en matrimonio.

Durante largo tiempo había intentado borrar de su mente aquel episodio original y adecuarse a su papel de esposa modélica, y es cierto que con empeño y grandes dosis de ingenuidad, al final ya fingida, había logrado por momentos construir una convivencia apacible y razonablemente feliz con el dios supremo. Pero los engaños repetidos de este, sus desaires y desprecios y, sobre todo, su orgullo impenitente y sus accesos de cólera, hacía tiempo que habían colmado su paciencia, de modo que ya no era capaz —su dignidad diariamente afrentada no se lo permitía— de mirar hacia otro lado como en vano había intentado hacer, tendida sobre la hierba, aquella funesta tarde de primavera. Lejos quedaban los días en los que se dejaba entretener por la vivaz y traicionera charla de la ninfa Eco, a la que había castigado por encubrir las escapadas de Zeus privándola de su proverbial locuacidad y condenándola a repetir eternamente las palabras ajenas. Y no era Eco la única que había sufrido su ira o sus celos. De ellos podían dar cuenta otras desgraciadas como Leto, Sémele, Ío o Lamia... Hera cerró los ojos. ¿Cuánto tenía que alargare la lista de ultrajes y venganzas para tomar la decisión? ¿Hasta cuándo posponerla? ¿Había llegado ella al mundo para ser engañada una y otra vez como una campesina estúpida o para imperar?

¿Y acaso necesitaba realmente de su marido para lo segundo? ¿No había el propio Zeus traicionado a padres, castigado hermanos y devorado amantes e hijos para conquistar el trono que ocupaba y mantenerse en él? ¿Qué le impedía a ella hacer lo propio para castigar a quien así la ultrajaba e imponer, de paso, un gobierno más templado y justo sobre el mundo? Sin embargo, volvió a suspirar, sabía que no podía acometer semejante empresa sola.

En estos oscuros pensamientos andaba perdida cuando oyó a lo lejos, ahuecado por la lluvia, el sonido de un aleteo poderoso y familiar. Antes de que las teas ardientes hicieran visible la silueta oscura de un águila formidable en la lúgubre noche, Hera se volvió y regresó con paso raudo al interior del palacio. Una vez allí, como tantas otras noches, se desvistió para acostarse sola, entrada la madrugada, en el tálamo nupcial. Como tantas otras noches también, cerró los ojos fingiéndose dormida, conteniendo a duras penas su ira, cuando Zeus se recostó a su lado, despidiendo un olor agreste y dulzón y abrazándose impúdicamente a ella. El soberano roncaba ya, envuelto en un sueño profundo, agotado por los trabajos del amor ilícito, mientras Hera, con los ojos abiertos de par en par y fijos en la noble techumbre, cavilaba quiénes serían no solo los más fuertes y capaces de ayudarla, sino, sobre todo, los más dispuestos.

◇◇

Una carcajada nerviosa retumbó contra las paredes rocosas y los altos techos de la gruta. Perduraba su reverberación cuando Poseidón, que era quien la había proferido, se dirigió a Hera con gesto repentinamente circunspecto.

—Te tendría por loca de no ser quién eres y de no saber hasta dónde pueden conducirte los celos. Lo que me propones, Hera, es imposible.

La luz de la luna se filtraba por la entrada de la caverna de la retirada playa en la que ambos dioses se habían citado secretamente, a petición de Hera, para eludir la ubicua mirada de Zeus. Los líquenes amarillentos adheridos a la roca producían al contacto con los pálidos haces una fosforescencia tenue y fantasmagórica que otorgaba a la escena y al encuentro, ya de por sí improbables, un aura de irrealidad.

—¿Imposible? No es así como habla un dios que se precie. Es la cualidad esencial de todo dios poder, y poder no es otra cosa que la capacidad de obrar lo que para otros se antoja imposible. ¿Para qué si no somos dioses, hermano? ¿No será más bien valor lo que te falta? En primer lugar, para reconocerte a ti mismo que mi anhelo es también el tuyo. En segundo, para, como te propongo, llevarlo a cabo.

Poseidón se revolvió incómodo, aguijoneado a su pesar por la acusación de cobardía que Hera, sabiéndole jactancioso, le acababa de lanzar. Y, sin embargo, su celosa hermana no había hecho sino formular a las claras el deseo que lo carcomía desde que Zeus lo descabalgara de su carro nacarado con aquella doble andanada de rayos, humillándolo de nuevo y dando al traste con su último intento de ampliar sus dominios en tierra firme. Con la salvedad de que, en sus fantasías de venganza, no había llegado nunca tan lejos como para tramar derrocar a su hermano y violar el pacto sagrado que con él había sellado tras derrotar juntos a los titanes. Prefería ahora pensar que era imaginación o simple bajeza, y no agallas, lo que le había faltado para hacerlo.

—El pacto que en su día hiciste con Zeus —prosiguió Hera, leyéndole el pensamiento— y por el que os repartisteis, junto a Hades, mares, cielos e inframundo, reconociendo no obstante el poder supremo del tonante, no debería tener ya validez ni obligarte.

—¿Por qué habría de ser así? —respondió Poseidón, deseoso, sin embargo, de recibir una respuesta satisfactoria que terminase de vencer sus recelos.

—Bien lo sabes —dijo Hera—. Algo apareció al transcurrir el tiempo que cambió para siempre la faz de la tierra y para siempre desbarató el equilibrio original de aquel reparto.

—Los mortales —pronunció Poseidón con ojos encendidos.

—Así es. Para bien y para mal, con sus míseras vidas finitas y sus ímprobos afanes, las criaturas humanas han llenado el universo de una luz nueva y trágica, trastocando el valor de todo lo existente. Ni siquiera nosotros, los más poderosos de entre los inmortales, hemos podido sustraernos a la mágica fascinación que ejercen esos seres malhadados, jirones de infinito que sueñan con la eternidad atrapados en sus caducos cuerpos.

—Tanto es así —reconoció entre dientes Poseidón, fijando su mirada melancólica en el suelo— que a veces me pregunto quién depende de quién.

Viendo que el dios de los mares comenzaba a ceder a la persuasión de sus argumentos, Hera hizo una pausa antes de redoblar el sutil hostigamiento.

—Por eso te digo, hermano, que nada te ata ya a aquel compromiso y que tus respetuosas peticiones de extender tus dominios, tan desatendidas siempre de tan malos modos, son justificadas. No mereces menos, Poseidón. ¿Y acaso no



Poseidón se revolvió incómodo a su pesar por la acusación de cobardía de Hera.

obtuvo Hades justa compensación cuando, descontento con el mismo reparto, exigió poder tomar como esposa a quien se le antojara? ¿No permitió entonces Zeus que raptara a Perséfone y la llevara consigo al inframundo? ¿Por qué, sin embargo, rechaza o esquiva, delegándolas, cuantas peticiones tú le haces en ese mismo sentido?

Con cada pregunta iba Hera amartillando el orgullo de Poseidón y avivando su ira, conduciéndolo hábilmente hacia su terreno y su bando, sabiendo que, en el fondo, no hacía sino alimentar el propio deseo de venganza que ya latía en el dios ultrajado.

—¿Y no comprendes —concluyó—, tras tantos y tamaños desaires, que solo derrocándolo podrás obtener lo que justamente anhelas?

Se hizo el silencio en la gruta. Fuera, el mar comenzaba a encresparse, envuelto en la luz pálida y azulada del astro gélido y distante. Las aguas calmas y estancadas de la angosta cueva también se tornaron desabridas y, contagiadas del ánimo del señor de los mares, se agitaron, revueltas, chocando una y otra vez contra la negra roca. Hera sintió un escalofrío recorriendo su espalda. No era terror ni pudor lo que sentía esta vez, sino pura voluntad de poder y resarcimiento, y la desusada emoción de estar corriendo un serio peligro. Se dio cuenta de repente de que, de hecho, tenía ganas de reír.

—Y dime —habló al fin Poseidón—, ¿somos tú y yo quienes vamos a derrocar al portador del rayo?

Sabiéndose triunfadora, la diosa cerró los ojos y esbozó una sonrisa.

—No estamos solos, hermano —dijo.

De lo más profundo de la gruta surgió entonces, como un fantasma plateado, la figura resplandeciente de un arquero.

—¡Apolo! —exclamó sorprendido Poseidón, a punto de dejar caer su tridente.

El que dispara de lejos había aguardado prudentemente oculto, hasta conocer la decisión de su tío. Ahora, avanzando de un ágil salto que hizo resonar su carcaj, se mostraba en toda su apostura y esplendor, los rubicundos cabellos sujetos por una diadema brillante. Su presencia repentina y juvenil envejeció por contraste al dios del mar, quien, todavía algo desconcertado, se dirigió a él con recelo.

—No negaré la ayuda que supondría tu fuerte brazo en esta empresa, pero dime, ¿qué te impulsa a ti a embarcarte en ella? No es, desde luego, reinar sobre los mortales lo que, como yo, persigues. Los hombres te veneran con devoción y te erigen templos y estatuas en todas partes. Escuchan con atención tus oráculos y hasta rigen sus vidas por ellos. A nadie escapa, tampoco, que eres el favorito de Zeus, por más veces que haya castigado tu conducta díscola. Así que dime, te lo ruego, ¿tan persuasiva ha sido contigo también la que aquí me ha convocado hoy? ¿Son los años que penaste sirviendo a Admeto como pastor los que así te han indispuesto contra Zeus?

El gesto de Apolo se endureció.

—No hay crimen en rebelarse contra un padre capaz de matar a su propio nieto, mi hijo —respondió el flechador.

—Asclepio —murmuró Poseidón—, el que osó resucitar a los muertos y desafiar a Hades. Y, sin embargo, ya vengaste su muerte aniquilando a los cíclopes que forjaron el poderoso rayo de Zeus...

—Y volvería a darles muerte cien veces si en mi mano estuviera hacerlo.

—No ha cerrado, por lo que veo, aquella herida terrible.

—Ni se cerrará mientras no pierda yo mi condición de inmortal.

Calló entonces Poseidón y las tres deidades se miraron en silencio. Experto como era en tañer la lira, también lo era el flechador en tocar sabiamente las cuerdas del alma.

—Apolo está —intervino finalmente Hera— tan cansado como lo estamos muchos de los desmanes de quien ocupa el trono, por más que goce de su favor. Se sabe además poseedor de una cualidad de la que su padre carece y que precisa a toda costa para gobernar, pues no basta con la simple fuerza para regir los destinos del mundo: la capacidad para penetrar el futuro, así como la astucia para tramar ardides, todo aquello para lo que el amontonador de nubes ha requerido siempre de otras, de Temis, de Metis, de Tetis... Juntos podemos igualarlo en poder y, sin duda, reinar más justamente. —Y como quiera que los sintiera vacilar, añadió—: No he hablado de destruirlo, sino de derrocarlo. Nadie merece tanto una lección de humildad.

—¿Cómo podremos lograr tal cosa? —preguntó interesado Poseidón—. ¿Cómo neutralizaremos su enorme poder?

—Os ocultaréis en una estancia del palacio olímpico y aguardaréis mi señal. Las largas jornadas de trabajos y las promiscuas noches hacen que caiga sumido en un profundo sueño en cuanto retorna a casa. Será entonces cuando yo acuda a por vosotros y entre los tres lo encadenaremos, aprovechando la pesadez del sueño y que no tendrá a mano en ese momento el temible rayo que para él forjaron los cíclopes.

—Sea como dices —respondió Apolo.

—Cuentas conmigo —sentenció Poseidón.

Rayaba ya el aba cuando, así conjuradas, se separaron las tres deidades sin decir ninguna palabra más, abandonando la gruta horadada en aquella exótica y lejana costa. Sabedoras del riesgo que asumían, ninguna pudo conciliar bien el sueño hasta que llegó la noche señalada por Hera.

◇◇◇

No tardó Zeus en volver a ausentarse con vagas excusas sobre los importantes asuntos que lo retendrían fuera del hogar hasta altas horas de la noche, si no toda, como se permitió añadir para mayor despecho de Hera. Entretanto, había acudido Poseidón al taller de Hefesto y habíale encargado la urgente factura de una pesada cadena de hierro, de enormes eslabones, con la excusa de querer embridar con ella a un monstruo marino sanguinario y colérico que, le dijo, merodeaba por las costas de Naxos aterrorizando a sus habitantes. Cumplió el encargo el divino forjador sin recelar, pues las peticiones que recibía de los otros dioses era frecuentes y por demás variopintas y rara vez se inmiscuía en sus motivaciones. Cuando estuvo lista, Poseidón la hizo trasladar a sus dominios y de allí, aprovechando una primera ausencia de Zeus, con ayuda de Apolo, la transportó secretamente a la misma estancia donde Hera los habría de ocultar.

Partido nuevamente el soberano celeste a una de sus batidas predatorias en las boscosas laderas del monte Ida, Hera convocó a sus cómplices y los ocultó en la misma estancia recóndita de los pisos inferiores en la que se hallaba ya la imponente cadena. Permanecieron ambos en silencio durante

aquellas horas, que parecieron eternas, y en las que Poseidón trató de animarse especulando con las gestas inéditas que habría pronto de apadrinar y la ferviente devoción de la que sería objeto de ahora en adelante sobre la tierra firme. Como la diosa había predicho y la costumbre le había enseñado, el tonante retornó entrada la noche y no tardó en caer presa del sueño, agotado tras un sinfín de lúdicas persecuciones y amorosos enredos.

Fue entonces cuando la desairada esposa avisó a Apolo y a Poseidón y, portando entre los tres la cadena con la que habían de apresar al durmiente, se llegaron a la cámara nupcial donde este reposaba respirando pesadamente. Una vez, tan solo, rozó uno de los pesados eslabones el marmóreo suelo durante el corto trayecto, pero fue suficiente para despertar a Tetis del sueño intermitente al que una inquietud vaga la tenía condenada aquella noche. Presa de ese desasosiego y de una intuición, la nereida se incorporó en su lecho y permaneció alerta. ¿Qué la agitaba así en aquella hora? Una angustiosa sensación de inminencia hormigueaba en sus miembros.

Cuando Hera abrió con sigilo la puerta del dormitorio y los tres pudieron contemplar al hijo de Crono yaciendo plácidamente en su lecho, un ligero temblor se apoderó de los conspiradores. No era aquella, todos lo sabían, la manera más noble de enfrentarlo. Recordó en aquel momento Hera otra ocasión en la que, aliándose también con el sueño, había aprovechado arteramente la temporal indisposición de Zeus para tramar toda suerte de argucias que llevaran la desgracia a su hijo Hércules, levantando feroces vientos y arrastrándolo hasta la populosa Cos, lejos de los suyos. Los

propios Poseidón y Apolo tenían presentes las consecuencias de aquella artimaña, pues Zeus los había golpeado sin piedad al despertar, junto a otros dioses, mientras rugía en busca del culpable. Ninguno, sin embargo, podía echarse ya atrás y, a una señal de Hera, tal y como habían convenido, se arrojaron sobre el soberano indefenso, de tal modo que Poseidón lo sujetó con toda la fuerza de la que era capaz, mientras Hera y Apolo trababan hábilmente la fuerte cadena en torno suyo.

Tan pesado era el sueño en el que estaba sumido el amontonador de nubes que, cuando despertó, desconcertado, todas sus extremidades estaban ya aprisionadas por grilletes y sus captores terminaban de envolver su torso en ellas, hasta el mismo cuello. Tornó a bramar entonces Zeus con tal ira que el Olimpo entero tembló, ahormándose sus pétreas paredes por el eco lacerante de aquel grito terrible, y las tres deidades retrocedieron, intimidadas. Mas habían hecho bien su trabajo y el dios cautivo, inmóvil y desprovisto de su terrible rayo, no podía liberarse del metálico y traicionero abrazo por más que forcejeaba. Asistían los asaltantes en silencio a la fútil pugna, pues aún no daban total crédito a lo que acababan de hacer y, si bien habían planeado cuidadosamente el asalto, no habían sido tan precisos a la hora de acordar entre ellos cómo proceder después de capturar al dios de los cielos. Eran tan altas las voces que daba Zeus y tan terribles las amenazas que profería sobre el castigo que impondría a los traidores de no ser liberado de inmediato que estos, sin valor para cometer la nueva indignidad de amordazarlo, e incapaces de pensar en su estrategia con claridad con aquellos gritos, salieron de la estancia cerrando la puerta y se dirigieron a uno de los salones de otra ala de

palacio para deliberar. El resto de los eternos no tardaría en llegar una vez rayara el alba, y eso si los feroces gritos no los alertaban antes.

A quien sí había conmovido el tumulto, sin embargo, era a Tetis, en cuyo ánimo agitado se había hecho fuerte hacía largo rato la intuición de que algo irregular acontecía en las estancias divinas. En ellas se adentró furtivamente y, extrañada al ver a Poseidón, Hera y Apolo reunidos a aquellas horas y discutiendo queda pero acaloradamente en un salón de palacio, se escurrió rauda hasta el dormitorio del que procedía, amortiguado, un ruido ronco y metálico. Se llevó la mano a la boca la nereida al ver, tras reunir el valor suficiente para abrir la puerta de la cámara nupcial, a Zeus encadenado de tal guisa, y luego gritó:

—¡Zeus! ¿Qué acontece? ¿Quién te ha encadenado así?

—Poco importa eso ahora, Tetis —respondió el soberano celeste, aplacando por un instante su ira al ver, esperanzado, a la fiel nereida—. Sal de aquí sin ser vista y ve a buscar, expedita, a quien pueda liberarme.

—Acudiré al punto a la fragua de Hefesto y lo haré venir —se ofreció Tetis, visiblemente nerviosa, pues ambos sabían que el tiempo apremiaba.

Mas Zeus, tras cavilar un instante, dio una voz que la detuvo en el mismo umbral de la puerta.

—¡No! Imposible saber cuántos y quiénes de entre los míos están implicados en esta conjura. Tráeme a Briareo, el hecatonquiro, cuya lealtad es inquebrantable. Sus cien brazos romperán estas cadenas como si fueran cristal.

Partió Tetis hacia la ribera del río Océano, donde habitaban en sus moradas los hecatonquiros, en las cercanías del

Tártaro, cuyas hórridas puertas guardaban tras haber ayudado a los olímpicos a vencer a los titanes.

Mientras la nereida hendía rauda el éter, las voces se alzaban en el salón del palacio olímpico. Las tres sombras alargadas y gesticulantes componían una pantomima siniestra a la luz de las antorchas, mientras la oscuridad exterior comenzaba a deshacerse y una veta violácea despuntaba tímida.

—¿Has perdido el juicio? —rugió Poseidón—. Ni encerraremos a mi hermano en el Tártaro junto a Crono, nuestro padre, ni ocuparás tú su trono como regente hasta que se fijen los detalles del nuevo reparto, como dices. ¿Nos tomas por estúpidos?

Hera se disponía a responder, iracunda, cuando, asiéndola bruscamente del brazo, intervino Apolo.

—¡Nos hacéis perder tiempo! Os repito que nada apremia tanto como hacernos con el áureo rayo. Solo Palas, predilecta de mi padre, tiene las llaves de la estancia donde se guarda. A sumarla a nuestra causa es a lo que debemos dedicar ahora todo nuestro empeño, luego ya veremos quién...

No pudo concluir el flechador la frase. Con un estruendo, los goznes y el marco de la puerta del gran salón se vinieron abajo y de la polvareda emergieron, como un ejército de un solo hombre, las cincuenta cabezas y los cien brazos del gigantesco Briareo. Tras él, ceñudo y temblando de furia, con los puños crispados y la piel amoratada allí donde había entrado en fricción con las pesadas cadenas de las que acababa de ser liberado, apareció Zeus, empuñando con firmeza el rayo. Un poco más atrás, sin atreverse siquiera a entrar en la sala ni a contemplar a los conjurados, Tetis sollozaba. Creía, sin duda, a la luz de la tensa escena que habían

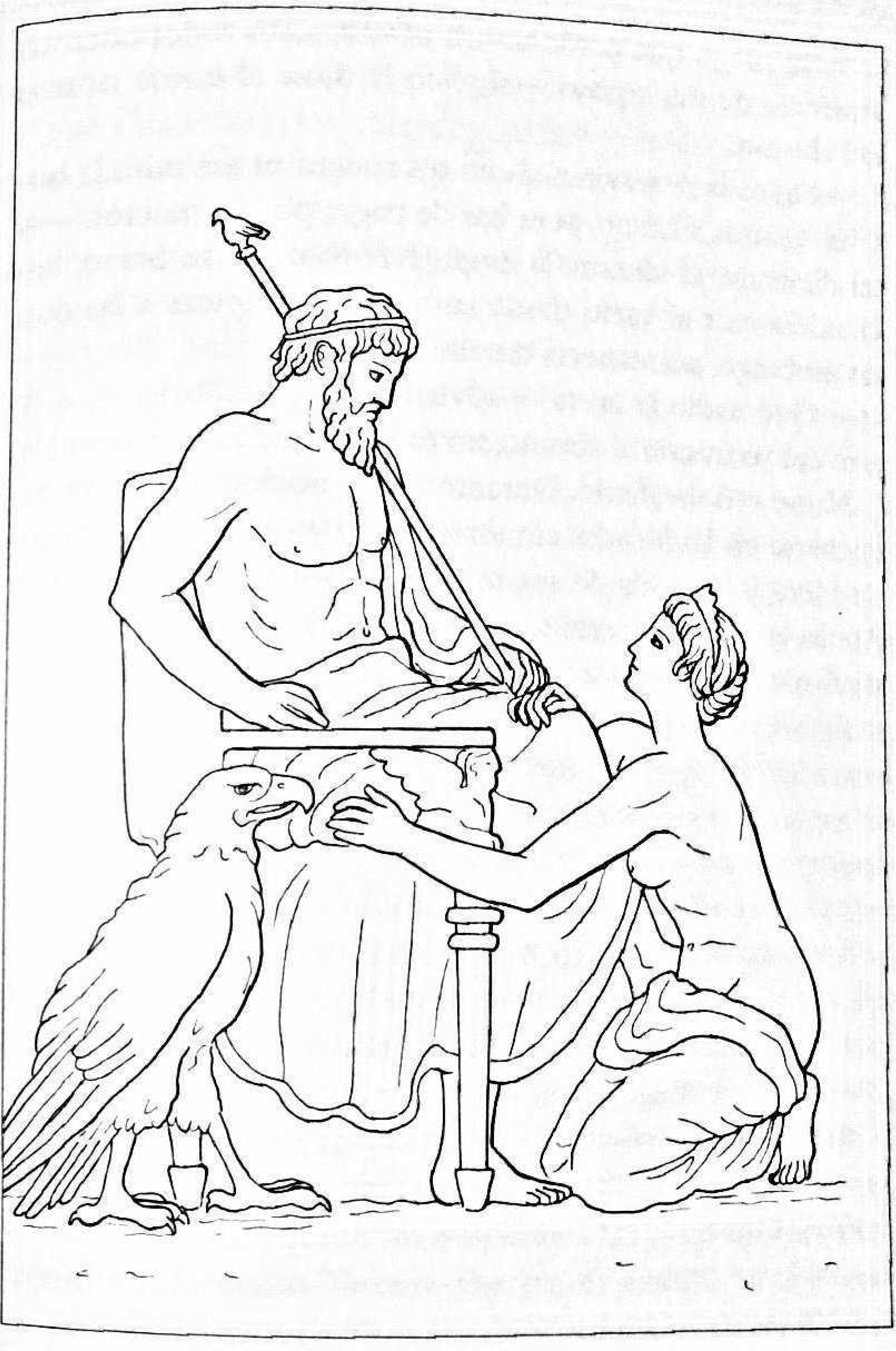
interrumpido, que su fidelidad a Zeus había evitado una nueva guerra entre los dioses, pero la angustiaba aun así la suerte que correría Hera, de quien todo lo había aprendido siendo niña. Mas poco podía hacer ella por protegerla en aquel momento.

Demudados, y también avergonzados, enteramente abrumados por la rotunda presencia del gigantesco Briareo, y no menos por la de Zeus liberado, los tres dioses cayeron de rodillas al instante, con la cabeza gacha, incapaces de enfrentar la mirada iracunda del soberano. Maldijo para sí su suerte y su desmedida ambición, una vez más, el dios de los mares, y sintió que le faltaba el aliento para excusarse cuando oyó el estruendo del primer trueno y la altiva Hera rompió a llorar.

◇◇◇

—Sin duda sabrás apreciar mi delicadeza, muy superior a la tuya, querida esposa, y tener en lo que vale esta cadena que he hecho forjar en oro, como corresponde a tu regio rango, y no en vil metal.

Tal habló Zeus, sus rizosos cabellos encrespados por el frío viento de la montaña que soplaba en la terraza olímpica a la que se asomaba. De pie frente a él, en el mismo borde del precipicio, temblorosa, Hera aguardaba su castigo. Sus níveos brazos estaban prisioneros de dos áureas cadenas de fantástica longitud que se amontonaban en círculos junto a ella. Sus extremos estaban fijados a sendas argollas, también de oro, fuertemente fijadas a su vez en la pared de la propia montaña. Atados a sus delicados tobillos, dos voluminosos yunques parecían tener prisa por arrastrarla con ellos al vacío.



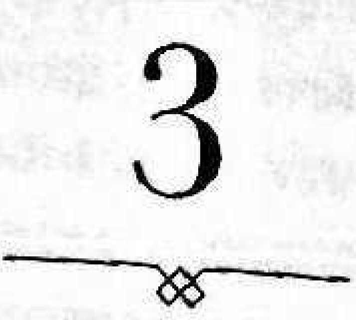
La nereida creía que su fidelidad a Zeus había evitado una guerra entre los dioses.

—Te ruego que perdones mi ofensa, Zeus todopoderoso. Apiádate de mí, esposo —suplicó la diosa al borde mismo del abismo.

—De nada te servirán ahora tus ruegos ni esa mirada bovina. Guarda silencio, pues has de pagar por tu traición —y, tal diciendo, el tonante la empujó con su fuerte brazo, haciéndola caer al vacío desde las alturas olímpicas a las que, sin embargo, permanecía cruelmente atada.

—Que nadie la asista —advirtió Zeus, sombrío—, o lo arrojaré yo mismo al abismo, sin cadenas que frenen su caída.

Nadie osó desafiarlo. Durante días y noches pudieron escucharse en las heladas cumbres los desgarradores lamentos de Hera y el crujir de sus miembros, mientras Poseidón y Apolo penaban encerrados, temerosos de la suerte que correrían cuando el soberano se dignase a disponer de ellos.



Las murallas de Troya

El día en que Poseidón y Apolo fueron finalmente llevados a presencia de Zeus, y a la de los demás olímpicos, para mayor escarnio de los conspiradores, la ira del soberano celeste había remitido en parte. Los gemidos incesantes de Hera, a la que ya había ordenado descolgar y había repuesto en su trono, habían ido haciendo lenta mella en su cólera. La intercesión de Tetis, para la que siempre tenía oídos, había contribuido también a ablandar su resentimiento. Finalmente, la sola visión de su favorito, el radiante Apolo, arrodillado de nuevo frente a él, compungido y arrepentido, si bien reavivó en un principio el doloroso recuerdo de la traición, terminó por hacerlo desistir de la idea de enviarlo, junto a su tío —quien no despertaba en él las mismas simpatías—, al oscuro Tártaro. Ese era el castigo terrible que tanto había atemorizado a los dos conjurados en los últimos días de cautiverio. Por eso, cuando el soberano les dirigió la

palabra, sus músculos fueron destensándose ligeramente a medida que veían disipada la posibilidad de ser enviados allí. Con todo, su afrenta no quedaría sin escarmiento.

—Tan indigna es de un hermano y de un hijo la traición que urdisteis como indigna es de un dios la taimada cobardía con que la llevasteis a cabo. Así pues, es justo que perdáis, siquiera temporalmente, la condición que de tal modo habéis mancillado. Os condeno a vagar durante un año como simples mortales sin vuestros atributos divinos. Partiréis hoy mismo a las áridas tierras de la Tróade y allí, sin revelar vuestra identidad, desposeídos de tridentes, arcos, liras y trípodes, os pondréis a disposición del soberano de Troya. Ese hombre tacaño y mal encarado no desaprovechará la oportunidad y sabrá daros qué hacer; su ciudad crece más pujante cada día y manos faltan allí para acometer las más diversas tareas. Desapareced ahora de mi vista y no oséis presentaros de nuevo aquí antes de cumplido el plazo.

◇◇◇

Lejos estaba de sospechar Laomedonte, el soberano de Troya, cuando vio entrar en su palacio a aquellos dos extranjeros calzados con desgastadas saldalias que bajo los harapientos chitones que vestían se escondían los dos dioses olímpicos. La rubia cabellera de Apolo se había oscurecido y Poseidón había afeitado sus luengas barbas. En aquella estancia decorada con tapices y suelos embaldosados, los dos dioses dieron falsos nombres y ofrecieron sus servicios al soberano de Troya, que con cierto desdén, pues desconocía con quién estaba tratando, los atendió mientras daba buena cuenta de una bandeja de fruta.

—Señor, habiendo llegado a estas nobles tierras desde muy lejos, pedimos que nos acojáis entre vuestros súbditos y para ello nos ponemos a vuestra disposición —dijo Apolo bajo su apariencia humana.

Mientras se limpiaba un reguero de zumo que le caía por la comisura de la boca, Laomedonte los observó con detenimiento y se preguntó qué extraña fuerza había ayudado a aquellos dos forasteros, cuyos cuerpos lacerados mostraban signos de haber pasado por grandes penurias, a llegar hasta Troya sin desfallecer por el camino. Nada le congratulaba más, empero, que tener ocasión de ponerlos a prueba, por lo que llamó a consulta a uno de sus capataces. Tras conversar con él en voz baja, se dirigió a los dos pobres hombres, tomando un racimo de uvas de la bandeja.

—Sabed, extranjeros, que Troya es una ciudad abierta para todo aquel que demuestre respeto por sus leyes, gentes y tradiciones —dijo mientras masticaba muy cerca de ellos—. Y no hay mejor manera de hacer gala de tal respeto que trabajar en su fortificación y engrandecimiento tanto como permitan vuestras fuerzas —dijo, y volvió a observarlos largamente mientras escupía pepita tras pepita a poca distancia de ellos—. Levantaos —ordenó, con la boca todavía llena.

Así lo hicieron ambos dioses, a los que el tono despectivo del monarca comenzaba a soliviantar. Erguidos, no obstante, era difícil no reparar en su formidable complexión.

—¡Por Zeus! —exclamó Laomedonte—. Poderosos músculos ocultáis bajo esos harapos. Diría que vuestros cuatro brazos bastarían para fortificar esta ciudad. Esto es lo que haréis: picaréis piedras en las canteras, las puliréis para transformarlas en sillares de regular acomodo, cargaréis luego con

ellos y los colocaréis en los lienzos hasta erigir las murallas que tanta falta nos vienen haciendo —enumeró antes de esbozar una sonrisa sardónica y condescendiente.

Sintió Poseidón al escucharlo unas ganas irreprimibles de hacerle tragar el racimo de golpe para ver cómo se ahogaba ante sus ojos, pero Apolo, que intuía su reacción, le puso una mano en la rodilla para contenerlo, al tiempo que preguntaba:

—¿Y qué pago recibiremos por ello?

Ante tal pregunta, Laomedonte calló un momento para luego prorrumpir en una sonora carcajada, que lo hizo escupir varios hollejos, a punto de atragantarse. Cuando se hubo recuperado, contestó:

—Recibiréis pan y agua, pues no quiero que desfallezcáis en las jornadas, ¡esta tierra no da para más! —dijo, complacido con su propia ocurrencia, mientras volvía a atacar el diezmado racimo—. Y una vez culminado el trabajo, si este ha sido satisfactorio, y siempre y cuando lo finalicéis en el plazo de un año, antes de la llegada del invierno, os pagaré con una bolsa de oro a cada uno. Ahora, desapareced de mi vista y comenzad el trabajo. Otros asuntos reclaman mi atención —concluyó el soberano dando una palmada.

Se aprestó Apolo a retirarse con un leve gesto de cabeza, pero todavía tuvo que tirar del brazo de Poseidón, quien, rígido en su sitio, miraba desafiante al soberano. El señor de las aguas empezaba a cansarse de tener que arrodillarse para ser despachado de cualquier manera cada dos por tres.

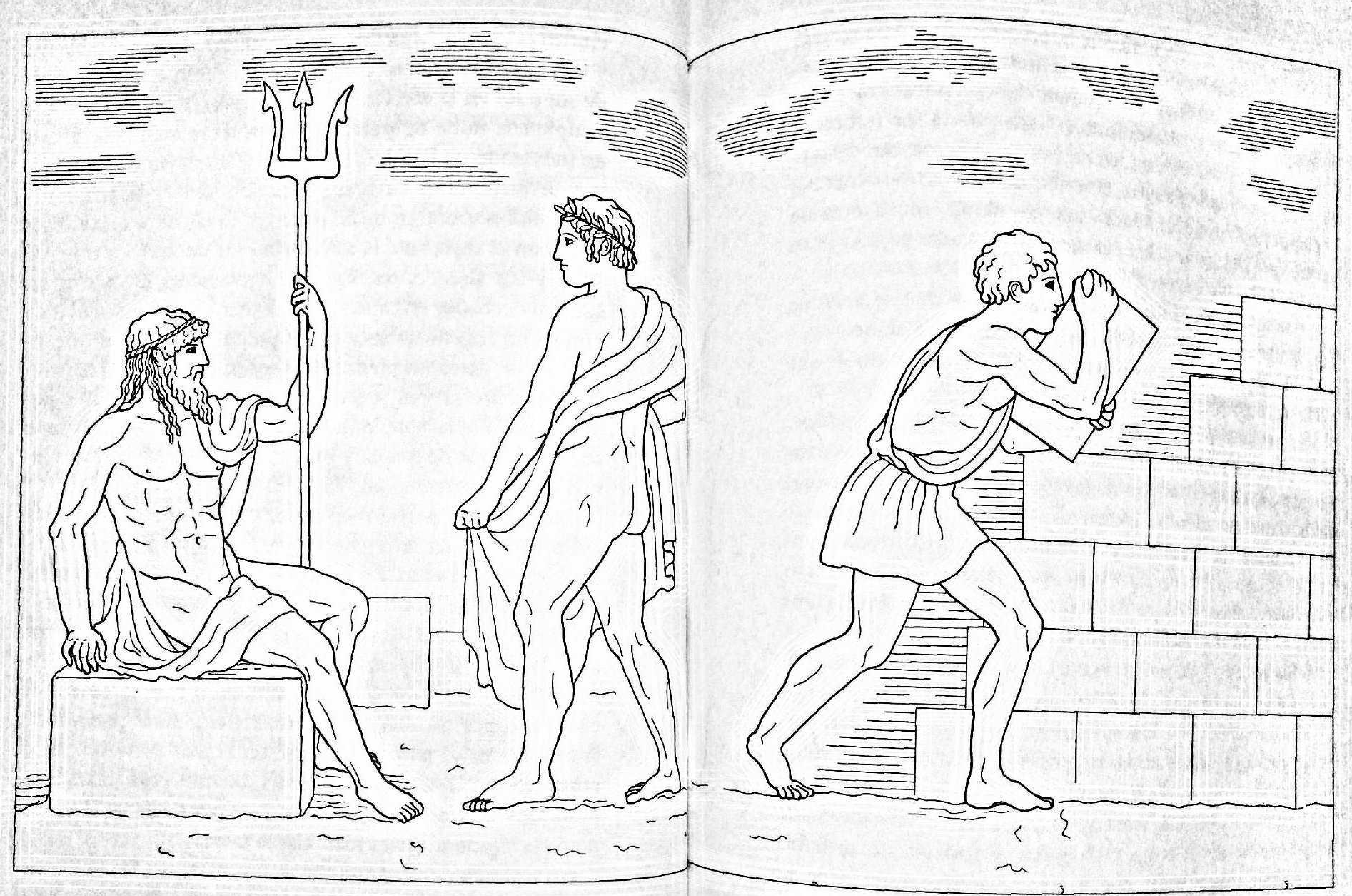
◇◇◇

En los meses que siguieron, los troyanos creyeron asistir diariamente a un nuevo milagro. Pronto se extendió por toda la

ciudad la fama de aquellos dos extranjeros de inmensa fuerza y desconocido talento para la construcción que trabajaban de sol a sol en la erección de las murallas. Envueltos en una sempiterna nube de polvo, privados temporalmente de sus divinos poderes, Poseidón y Apolo se afanaban sin embargo con denuedo en la tarea, ora puliendo los sillares, ora transportándolos sobre sus recias espaldas, en tamaños que a veces doblaban el suyo, ante la atónita mirada de los habitantes de Ilión y sus alrededores. Excedía ligeramente el dios de las aguas al flechador en capacidad de carga, pero el segundo ideó pronto un ingenioso sistema de poleas mediante el que levantaba sin descanso piedras diez veces superiores en tamaño. Tal era la fuerza y el ingenio que aplicaban al trabajo a pesar del sol implacable, que los lienzos íbanse multiplicando como por arte de magia y pronto el grueso del primer cinturón estuvo terminado.

Exhaustos, empapados en sudor y lleno su cuerpo de magulladuras, al caer la noche apenas si podían dirigirse la palabra el uno al otro. En lugar de ello, Apolo, recostándose contra un sillar, tomaba una tosca flauta que un artesano, admirado, le había regalado en el mercado, y la soplaba con toda la fingida torpeza que su honda sensibilidad le permitía. Poseidón, por su parte, sintiendo que le faltaba su elemento por momentos, se arrastraba a duras penas hasta la cercana playa para sumergirse en el mar. Aliviado por el contacto del agua y el salitre, caía dormido casi al instante, hasta que una ola lo escupía de nuevo a tierra, al alba, a la mañana siguiente, para reanudar la tarea.

Así transcurrieron, innúmeros, los trabajos y los días. Empezaban ya a caer las hojas de los contados árboles cuando



La fama de la inmensa fuerza de los dos extranjeros pronto se extendió por la ciudad.

los constructores acometieron la erección de una segunda pared, edificando así un doble perímetro fortificado y concéntrico de diversas alturas, que en algunos puntos alcanzaban la de cuatro hombres juntos. Cada puerta fue reforzada con poderosas torres y en los lienzos se abrieron otras puertas menores y portezuelas, también defendidas por torretas y parapetos. Poseidón añadió además al alto muro otro de adobe que obligaría a los atacantes a acercarse bajo la línea de tiro de los defensores.

—He aquí una ratonera para todo aquel que se acerque con la idea de salvar estas paredes —dijo, complacido.

—He de reconocer —respondió Apolo, divertido— que no te desempeñas nada mal en tierra firme.

Rieron ambos de buena gana y continuaron trabajando.

El viento frío anunciaba ya la cercanía del invierno cuando concluyeron la factura de las formidables puertas Esceas, en la parte occidental. Detrás de ellas, asomado al palacio de la ciudadela, también ya por entonces fortificada, Laomedonte no daba crédito a lo que veían sus ojos. Abajo, extramuros, Poseidón le pasó el odre de agua a Apolo, que maldijo antes de llevárselo a la boca

—Harto estoy de esta tierra árida y sus gentes estultas, de trabajar sin descanso y dormir al raso. No tolero más penurias.

Lo tomó entonces de los hombros Poseidón y le hizo volverse para que admirara la inmensidad de la obra que solos, sin sobrenatural ayuda, habían levantado mano a mano. Tan concentrado en cada tarea y detalle había trabajado hasta aquel momento el arquero divino que todavía no se había detenido a contemplar con perspectiva la magnitud de su obra. El odre se le cayó de las manos ennegrecidas.

—En cada una de estas piedras —le dijo Poseidón, solemne— refulgirá por siempre el esplendor de Troya, de hoy en adelante, fortaleza inexpugnable que será temida y admirada por igual. Tan solo nos resta montar los últimos ladrillos de adobe sobre esas piedras que acabo de colocar y la faena estará concluida. Ningún ejército mortal será capaz de tomarla. ¡Y ay de quien se aventure a intentarlo, porque sobre él haré caer mi cólera!

—Hemos cumplido debidamente el juramento y también el trato —respondió Apolo—. Expiada está nuestra culpa. Hora es de regresar y de volver a ocupar el lugar que por derecho nos corresponde.

—Mañana llegará el invierno —dijo Poseidón, proyectando la mirada en el horizonte—. Coloquemos los pocos ladrillos restantes, joven amigo, y después iremos juntos a palacio a reclamar a Laomedonte lo acordado.

◇◇◇

Cuando cruzaron el umbral de los magníficos muros que ellos mismos habían levantado y pusieron rumbo hacia la ciudadela, a su paso comenzaron a agolparse los habitantes de Troya, primero despacio y finalmente en tropel, hasta que la ciudad entera escoltaba su marcha. Durante las largas jornadas de duro trabajo eran pocos los que se habían atrevido a interpelar a la misteriosa pareja de alarifes. Al carácter receloso de los locales se había unido la imponente presencia de los dos foráneos, quienes, por otra parte, rara vez se tomaban un descanso por mucho que el sol ardiera sobre su espalda. Aquella suerte de religioso temor que inspiraban se hacía ahora, concluida su obra, más patente que nunca. Mas,

cuando doblaron la penúltima de las rampas que conducían a los aledaños de la ciudadela, una voz quebró el silencio y gritó: «¡Vivan los extranjeros!», a lo que la multitud respondió al instante gritando al unísono: «¡Vivan!». Así fue como, al enfilar la avenida que flanqueaban los parterres del palacio, el pueblo era un clamor y hasta varios de los guardias se sumaban a la ovación golpeando el suelo con sus escudos.

Todo ello lo vio Laomedonte desde el piso superior del palacio que coronaba el recinto regio, con gran irritación e inquietud, pues era hombre tanto o más suspicaz que sus paisanos y muy celoso. Temía que aquel par de extranjeros pudieran acabar por amenazar su poder y decidió librarse de ellos como fuera. Les hizo primero esperar largamente en la sala de audiencias y, cuando por fin se dignó a recibirlos, los miró con detenimiento desde su trono antes de darles la palabra. Aquel par de harapientos que con tanta humildad se habían presentado ante él hacía apenas un año parecían henchidos de satisfacción, y ahora buscaban sin pudor sus ojos con los suyos. Más incomodado aún por aquella actitud que se le antojaba arrogante, preguntó:

—¿Y bien? Decidme, ¿qué queréis?

—Hemos dado fin a la tarea que nos encargaste. Las murallas de la ciudad están acabadas. Justo es que cumplas tú ahora tu parte del trato —dijo Poseidón con su ronca voz.

Laomedonte frunció el ceño y levantó la barbilla con gesto displicente. La pierna que se agitaba bajo su túnica revelaba, no obstante, su nerviosismo.

—¿Quién dice que hayáis finalizado la tarea a tiempo?

La respuesta cayó como un mazo sobre Poseidón y Apolo, que se miraron desconcertados.

—¿Cómo dices? —se revolvió el señor de los mares—. El invierno no ha dado comienzo y la obra está concluida. Páganos pues el oro que nos debes.

Visiblemente molesto por el tono de aquellas palabras, Laomedonte golpeó el brazo del trono y se inclinó hacia delante, desafiante.

—La condición era que los trabajos estuvieran terminados antes de que llegara el invierno, sin embargo, por desgracia para todos, este año el mal tiempo se ha adelantado... —dijo, y sonrió burlón.

—¡Los últimos ladrillos acaban de ser colocados! ¡El invierno no comenzará hasta mañana! ¿Es así como cumples tu palabra? —tronó Poseidón, echando mano, mecánicamente, de un tridente invisible.

Entonces, el artero Laomedonte, que se sabía ganador desde el principio, replicó al iracundo dios con fingida serenidad y, en tono didáctico, asestó el golpe definitivo.

—Dime, forastero, ¿cuánto tarda el adobe en secarse?

—¡Una semana! —respondió el dios del mar cada vez más enfurecido.

—¡Una semana! —repitió el rey haciéndose el sorprendido—. Coincidirás entonces conmigo en que si son siete los días que el barro tarda en secarse y el invierno comienza, como bien sabes, mañana, ese muro no estará terminado en la fecha pactada y, por tanto, no habréis cumplido, como decís, vuestra parte del trato —dijo reclinándose hacia atrás en el trono y llevándose la mano al mentón, complacido con su propia explicación.

—¿Qué vil triquiñuela es esa? ¿Osarás ofender así a los dioses violando lo pactado?

Tuvo Apolo que intervenir para frenar el ímpetu de Poseidón, quien, desairado, había colocado ya un pie sobre los escalones que conducían al regio sitial y amenazaba con avanzar hasta él. Laomedonte se puso en pie.

—¿Quién os creéis que sois, miserables? Aquí finaliza la audiencia. Abandonad al punto Troya si no queréis que además os corte las orejas y luego os venda como esclavos. —Y así amenazándolos, llamó a la guardia para que los arrojara fuera de las puertas de la ciudad. Mientras se los llevaban, Laomedonte sintió como el suelo temblaba ligeramente bajo sus pies y, aterrado, se aferró a los brazos del trono.

De nuevo fue el divino flechador, que tanto ansiaba regresar a casa, quien conminó a su tío con la mirada a no oponer resistencia y dejarse hacer, de tal manera que este se lo recriminó una vez fueron expulsados de la ciudad por la puerta dardania.

—¿Acaso te propones permitir que ese perro desleal nos ofenda así?

—Tiempo y modos habrá, amado tío —le dijo el bello Apolo—, de castigarlo como le corresponde. No quedará la afrenta sin vengar, te lo aseguro. Mas, dime, ¿no sientes como yo el baño de una cálida luz y cómo recuperan el vigor tus miembros y cicatrizan nuestras pieles? A fe mía que Zeus sí cumple su palabra. Regresemos prestos al Olimpo, pues nuestra culpa está ya expiada, y celebremos allí la ocasión como merece. Quede el castigar este oprobio para más adelante. —Y tal diciendo, dio la espalda a la ciudad fortificada y puso rumbo a la morada divina.

Aún tardó un tiempo Poseidón en seguirlo, pues él no pudo evitar lanzar una última mirada a la prodigiosa fábrica

que sin más ayuda que la fuerza de sus miembros y su ingenio habían acometido. Tornaba a sentir la deidad marina una lacerante punzada en su interior, su orgullo nuevamente arponeado. Ahora se le antojaba ridículo, cuasi pueril, la satisfacción que su propia obra le procuraba y volvió a maldecirse. No solo no reinaba sobre los hombres en tierra firme ni por ellos era venerado, como la celosa Hera le prometiera al conjurarse, sino que estos lo habían humillado, tratándolo como un esclavo. Volvió a temblar ligeramente la tierra en la planicie del Escamandro. Aquella ciudad maldita, juró para sí el dios, tenía los días contados.

4

El dios claudica

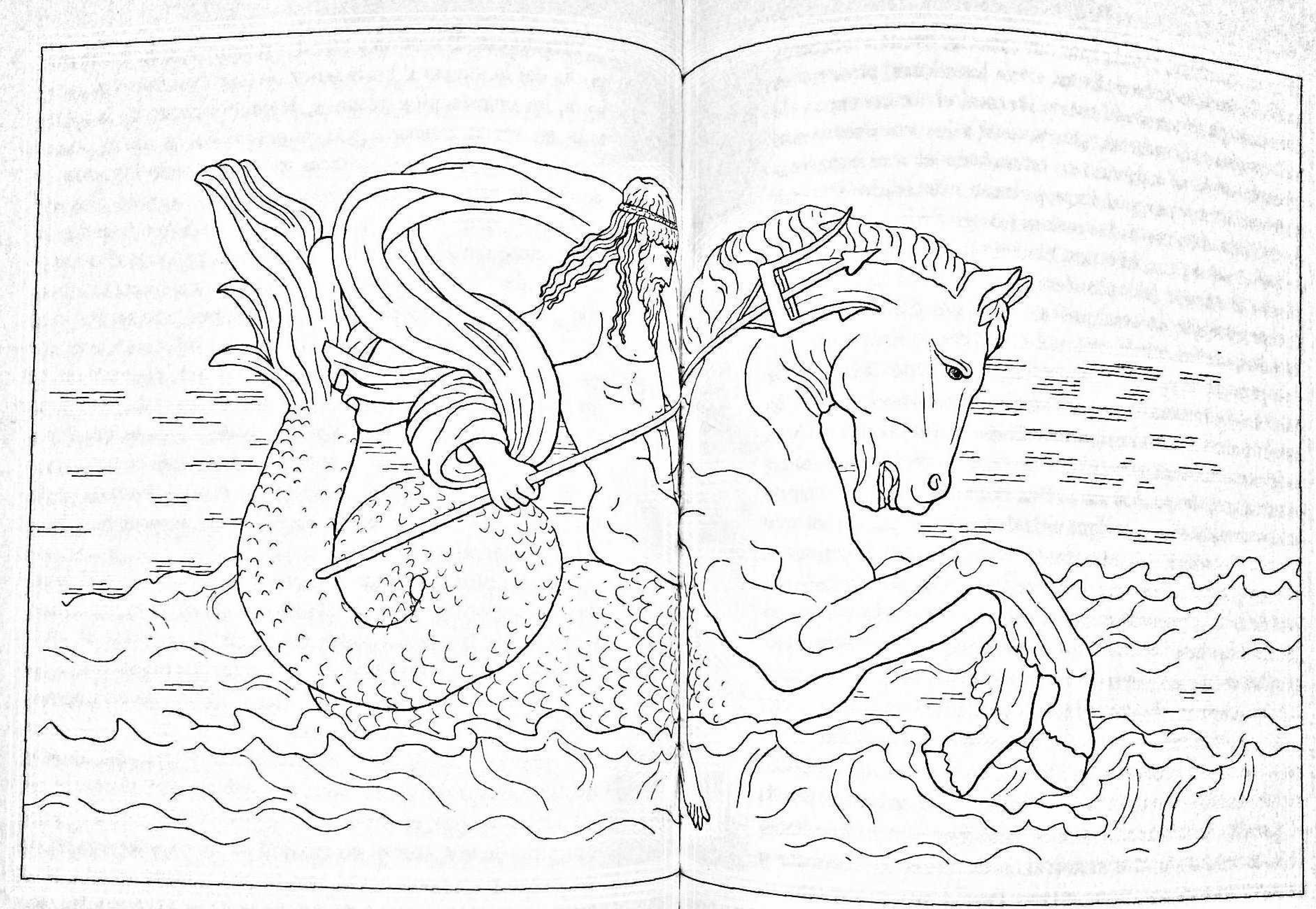
Sentado en la cumbre más alta de la boscosa isla de Samotracia, Poseidón contemplaba la cruenta batalla. Diez años llevaban griegos y troyanos acometiéndose y dándose fiera muerte en la llanura del Escamandro, frente a los inexpugnables muros de Troya que él mismo había levantado. Diez años llevaba la tierra tiñéndose de negra sangre y muchos eran ya los héroes caídos en ambos bandos desde que los helenos desembarcaran con su flota en las playas de la Tróade. A su mando estaba el magnífico Agamenón, caudillo de hombres y rey de Micenas. Dispuestos llegaron entonces los helenos en sus naves a vengar la afrenta sufrida por el hermano de Agamenón, Menelao, rey de Esparta, cuando el príncipe troyano Paris, favorito de Afrodita, sedujo con ayuda de la diosa a la esposa de aquel, la bella Helena, llevándose consigo a la que ahora penaba tras los muros, tan grande era la matanza que su debilidad había causado y seguía causando día tras día.

No habían permanecido ajenos a la descomunal contienda los olímpicos y, llevados por sus propias inclinaciones, ya fueran la predilección o la inquina, habíanse alineado también con uno y otro bando, insuflando una veces valor en los pechos de los hombres, otras, amedrentándolos, y amparando siempre a sus protegidos frente a los del resto, a tal punto que terminarían las poderosas deidades ellas mismas, llegada la hora, por enzarzarse entre sí y entablar combate. Junto a Atenea, Hera y Hefesto, el dios de los mares favorecía la suerte de los aqueos, pues no había olvidado aún el agravio de Laomedonte y ardía en deseos de ver Troya arrasada y la casa de Príamo, heredero de aquel, borrada de la faz de la tierra. Frente a ellos, el belicoso Ares, la intrigante Afrodita y los hermanos flechadores, Apolo y Ártemis, secundaban a los sitiados. Mas el único a quien temía Poseidón era al poderoso Zeus, que había mantenido su neutralidad hasta que el divino Aquiles, hijo de Peleo y azote de los troyanos, rehusara seguir combatiendo cuando Agamenón lo ofendió arrebatándole a la esclava Briseida. Se había quejado largamente del agravio el bravo Pelida a su madre, la nereida Tetis, y esta, a su vez, había implorado al soberano celeste que favoreciera a los troyanos, comandados por el noble Héctor, para castigar la soberbia del caudillo griego y para mayor gloria de Aquiles, en cuya ausencia los suyos retrocedían. Tal era el hostigamiento al que se veían sometidos por Héctor y los troyanos, a los que Zeus ahora amparaba, que los griegos, privados del mejor de los suyos y presa del más hondo desaliento, comenzaban ya a batirse junto a la empalizada de su propio campamento, al pie de las negras naves en las que habían surcado el temible Ponto.

Viendo esto Poseidón y sabedor del giro irremediable que podía dar la guerra si los helenos no lograban frenar el arrojo de los enardecidos troyanos, descendió presto de la montaña en varias zancadas y se sumergió en las azules aguas. No tardó mucho en reaparecer sobre un bravío hipocampo de dorada crin que volaba sobre el mar. El mismo dios iba ricamente armado en oro y, empuñando su áureo tridente de imponente tamaño, jaleaba a su montura mientras el océano espumeaba bajo sus alados cascos, sin rozar siquiera el áureo tridente del dios, y toda suerte de criaturas y monstruos marinos escoltaban su paso. Hubiera faltado súbitamente el resuello a los troyanos de haber contemplado la magna y terrible estampa del dios, que contra ellos así avanzaba, tal era su poder, mas, al aproximarse a las costas de la Tróade, Poseidón bajó de su regia montura y la dejó atada en una cercana gruta submarina para adoptar apariencia mortal. Prefería el de azulados cabellos que Zeus no advirtiera su presencia para no provocar su cólera.

Fue así como, tomando la apariencia del adivino Calcante, respetado por los suyos, se adentró en el campamento aqueo y, emulando la voz del augur, comenzó a arengarlos. Se dirigió primero a los dos Áyax, en cuyos fuertes brazos recaía en parte la esperanza helena mientras el Pelida de pies ligeros no se dignase a combatir.

—¡Áyax! —les gritó—, aprestaos a la defensa del muro y no temáis al rabioso Héctor, por mucho que se precie de ser alentado por el mismísimo Zeus. No le vais a la zaga ninguno de vosotros ni en valor ni en fuerza y los aqueos os necesitan para contener el avance de los troyanos en punto tan crítico. ¡Demostrad de qué pasta estáis hechos y lanzaos



El dios se aproximó a las costas de la Tróade a lomos de un hipocampo de dorada crin.

al feroz combate! Puede que, sin saberlo, contéis vosotros también con poderosos aliados entre los dioses, pues no es el tonante, aun siendo el más poderoso, el único capaz de desequilibrar la contienda. ¡Encabezad a los vuestros y dad ejemplo! —Y así hablando se esfumó en el aire para reaparecer en otro punto del campamento, decidido a seguir levantando el ánimo de los maltrechos griegos.

Fue el veloz Áyax, hijo de Oileo de Lócrida, a quien llamaban el Menor. Al verlo desaparecer así, el primero en comprender que no era aquel el venerable Calcante y que una divinidad los asistía.

—¡Amigo! —dijo a Áyax el Grande, hijo de Telamón de Salamina—, nuestra suerte está cambiando. No era ese, te lo aseguro, nuestro adivino, sino un olímpico que, adoptando tal apariencia, nos ordena combatir junto a las naves y rechazar al enemigo. ¡No estamos solos! Esta buena nueva me llena de brío. ¡Acudamos sin más demora a defender el parapeto!

—¡No perdamos tiempo, pues! —respondió al punto—. ¡Siento yo también cómo se enciende mi ánimo y ardo en deseos de salir al encuentro del mismo Héctor! —Y arengando a sus hombres, se lazaron con ímpetu hacia la vanguardia, donde los troyanos ya entraban en tropel, salvando la empalizada en oleadas.

Se multiplicaba mientras tanto el dios de los mares, sin adoptar su verdadera apariencia, jaleando a los helenos que seguían en sus tiendas y también a los que, heridos, vagaban por la retaguardia divisando el avance troyano y creyendo inevitable el desastre, abatidos tras tantos años de cruento combate y penurias lejos de sus hogares. Pero Poseidón aguijoneaba su orgullo sin descanso y les contagiaba su torrencial energía.

—¡Avergonzaos, aqueos! —bramaba—. ¿Qué es esto, un ejército de hombres o acaso un rebaño de corderos? ¿Rehuís así el cruento combate? Empuñad las armas y repeled a los troyanos, que no ha tanto se comportaban como cervatillos asustados, encerrados entre sus muros. A vuestras entrañas apelo si es que aún queda algo de vergüenza y de honor en ellas. Frenad al hijo de Príamo, que ya ha reventado las puertas y su inmenso travesaño y no tardará en prender fuego a las cóncavas naves. ¡Salid a su encuentro!

Así iba el dios insuflando el deseo de combatir en los aqueos y pronto no hubo hombre en todo el campamento, si no fuera el divino Aquiles, que continuaba encerrado en su tienda, que no cerrara filas con sus compañeros. Como un bloque avanzaban los griegos, apretando lanza con lanza y escudo con escudo, de tal modo que los cascos chocaban entre sí y los refulgentes crestones de los penachos se tocaban, a tal punto que no cabía siquiera el filo de una espada entre guerrero y guerrero. Asaltantes y defensores se encontraron con un estruendo salvaje al pie del muro y Poseidón se deleitó al contemplar el violento choque y cómo Héctor y su hueste eran repelidos por la cerrada formación helena, que, acosándolos sin descanso con sus espadas y sus picas, les causaba innumerables bajas.

No tardó, sin embargo, en igualarse la pelea, y a las feroces acometidas de los aqueos, encabezados por Idomeneo, caudillo de los cretenses al que la deidad marina no dejaba de exhortar, respondían con fiereza Eneas, el hijo de Anquises, semejante a un dios, y los troyanos Deífobo y Héctor, quienes, como una llamarada, sembraban la muerte en torno suyo. Por doquier sajaba la carne y segaba las vidas en flor

el hambriento bronce, mientras los refulgentes cascos y armaduras cegaban por momentos a los que tan atrozmente se buscaban entre el polvo. Allí mismo cayó Anfímaco, hijo del Actorión Ctéato y nieto de Poseidón, su pecho atravesado por la pica inclemente de Héctor. Rugió de cólera el dios y con redoblado ardor recorrió entonces las tiendas y naves de los griegos, empujándolos al combate para luego mezclarse entre sus filas, prestándoles sostén con su fuerza y tramando nuevas desdichas contra los troyanos. Con todo, seguía sin atreverse la deidad a abandonar su mortal apariencia y participar directamente en la lucha, y en su cólera se amalgamaban tanto su odio a los troyanos como el encono que sentía contra el soberano celeste, a quien temía, pues, siendo igual a él en honores, sabía que Zeus lo superaba con mucho en poder.

⋄⋄

Todo esto lo divisaba Hera desde una de las vetas del Olimpo, donde estaba apostada, complacida con el contraataque heleno que Poseidón impulsaba, pues, como él, deseaba la ruina de los troyanos. Tiempo ha, la severa Eris, dolida por no haber sido invitada a la boda de Peleo y Tetis, había arrojado una manzana áurea entre las diosas presentes en la ceremonia con la leyenda «para la más bella», desatando así la discordia entre las eternas. Como quiera que Atenea, Afrodita y la propia Hera disputaran por ser la merecedora de tal honor, Zeus determinó que fuera la neutral ingenuidad del joven príncipe troyano Paris, quien vivía en aquel tiempo como pastor lejos del mundanal ruido, la que dirimiera el litigio. Tras escuchar las generosas ofrendas de las tres deidades, Paris

señaló como la más bella a Afrodita, quien le había prometido otorgarle, a su vez, el favor de la mortal más hermosa del mundo. Fue así como Paris terminó seduciendo y secuestrando a la bella Helena, esposa de Menelao, en el propio palacio espartano en el que era huésped, y como el troyano se granjeó la enemistad eterna de las dos diosas despreciadas. Por eso Hera, como Poseidón, deseaba hacer caer a la casa de Príamo y, conociendo bien al señor de las aguas, sabiendo hasta qué punto lo intimidaba la vigilante presencia del todopoderoso Zeus, decidió acudir en su ayuda, urdiendo una vez más un engaño que distrajera la atención del soberano y dejara vía expedita a los griegos.

Con tal propósito, solicitando una tregua en su enfrentamiento, obtuvo primero de Afrodita el cinturón que tornaba irresistible a quien se lo ciñera. Esgrimió para ello la maliciosa excusa de querer emplearlo para reconciliar a Océano y Tetis, quienes, según dijo, engañándola, a la diosa del amor, andaban tristemente enemistados. Portando el mágico ceñidor se dirigió empero al Gárgaro, la cumbre del monte Ida, donde se encontraba su esposo y, despertando en él un deseo irrefrenable, allí mismo yacieron juntos. Quedó luego el Crónida sumido en un profundo sueño, aún más pesado y profundo de lo normal, pues Hera se había confabulado también con el propio Morfeo, venciendo sus temerosos recelos con dulces promesas, para que así la ayudara. Cumplido el engaño, hizo saber a Poseidón que Zeus dormía, rendido por los placeres del amor, y lo instó a cargar con renovado esfuerzo contra los troyanos, prestando auxilio a los aqueos, ya abiertamente, para conducirlos a la victoria en ausencia del tonante.

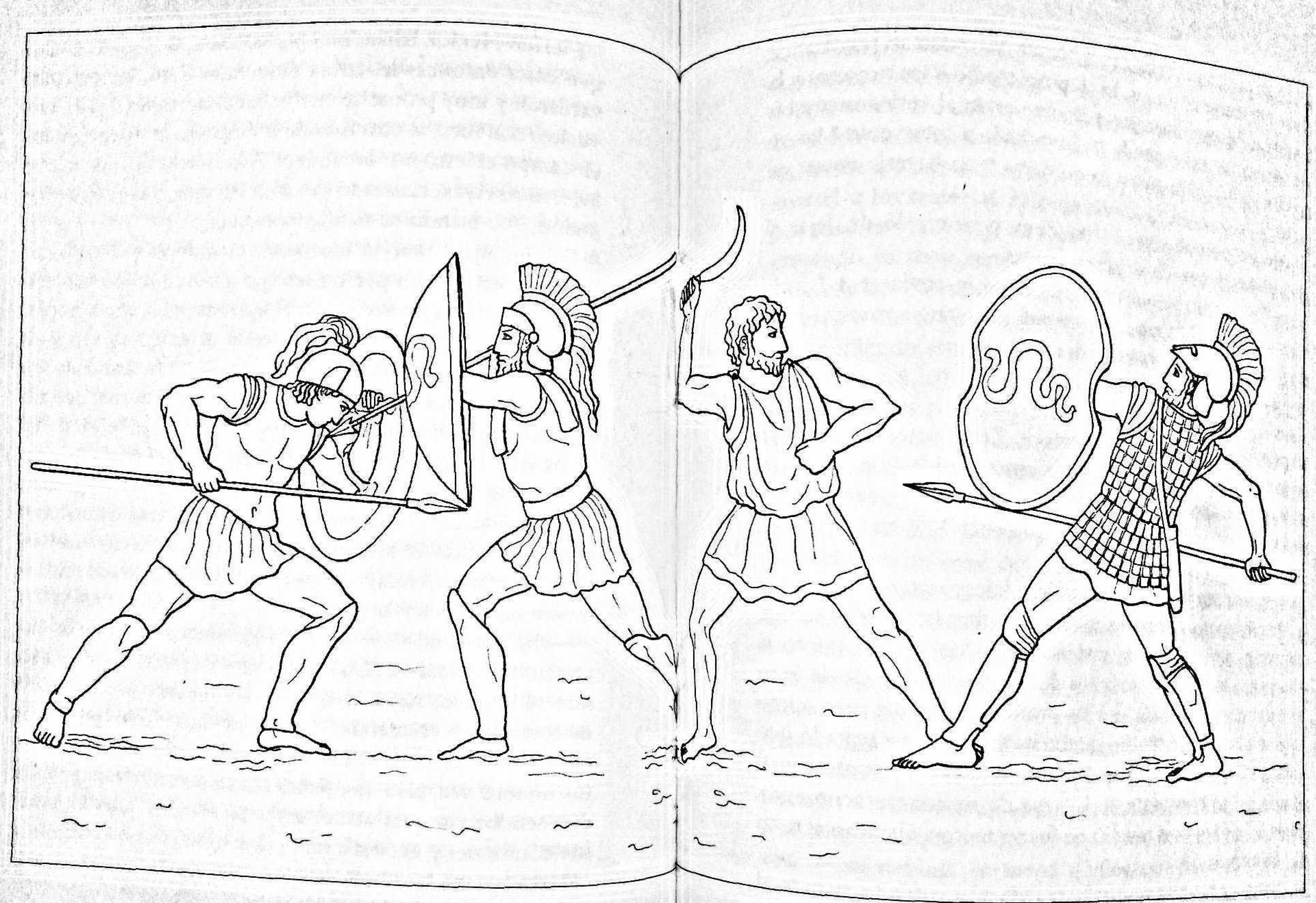
El ánimo de Poseidón se incendió aún más cuando supo que no debía temer la intervención de su hermano y, situándose a la cabeza de la falanges helenas, las azuzó con nuevo brío mientras empuñaba una espada terrible, semejante a un relámpago, ante cuya sola visión los troyanos retrocedían despavoridos. Con tal empuje alentaba el dios a los aqueos que hasta sus caudillos, Agamenón, Menelao y el astuto Ulises, rey de Ítaca, obedecían sus fieras órdenes y corrían de un lado a otro ordenando las filas y aprestándolas para el choque definitivo. Se encrespó entonces el espumoso mar y, en el momento en que uno y otro ejército volvían a chocar con un griterío ensordecedor, las aguas se desbordaron presa del mismo ímpetu, llegando la espuma hasta las tiendas y las cóncavas naves. Envalentonado por los gritos que daba el dios de azulados cabellos, Áyax el Grande agarró una enorme piedra de las que servían de puntal a las embarcaciones y la arrojó violentamente contra el poderoso Héctor, de tal suerte que le acertó en el pecho. Los troyanos contuvieron la respiración cuando vieron al mejor de los suyos girando como una peonza antes derrumbarse en el suelo con gran estrépito y vomitando sangre. Rápidamente formaron un círculo en torno a él, para protegerlo, mientras los griegos, presas de un júbilo homicida, se lanzaban contra ellos, dando muerte a muchos y sembrando el campo de vísceras y negra sangre. Lograron sin embargo los troyanos repeler la lluvia de picas y venablos que tan ferozmente buscaban la carne de su héroe tendido y, cubriéndolo con sus escudos, lo levantaron en volandas y lo condujeron sin sufrir nuevas heridas hasta la retaguardia, donde un veloz carro lo transportó, doliente y quejumbroso, a la ciudad.

Herido Héctor, faltándoles por momentos el soplo divino que hasta entonces les había procurado Zeus, los troyanos vacilaron y muy pronto se vieron batiéndose en retirada, devueltos con furia al otro lado de la empalizada y perseguidos en campo abierto por los aqueos. A la cabeza iban de nuevo los feroces Áyax, causando grandes estragos, y el propio Poseidón, que blandía su flamígera espada.

Fue en aquel preciso momento cuando el soberano celeste despertó de su pesado letargo y contempló encolerizado, desde la cumbre del Ida, el signo inverso que la batalla había tomado, inexplicablemente, en su ausencia. Vio a los troyanos alejándose de las negras naves en desbandada y a los helenos tras ellos, persiguiéndolos como perros de caza y vio, con gran irritación, como su hermano, el señor de las aguas, marchaba en la vanguardia jaleando a estos. Vio también desde allí al troyano Héctor, jadeante y ensangrentado, postrado en el suelo entre sus compañeros de armas y, comprendiendo al instante lo acaecido, se volvió enojado contra la astuta Hera, con quien se había solazado dulcemente hacía apenas unas horas.

—¡Infausta mujer! —le espetó, irguiéndose en toda su imponente majestad—. ¿Cuándo dejarás de intrigar? ¿O no ha sido tu engaño, acaso, el que ha permitido a mi hermano desequilibrar la contienda y frenar al divino Héctor poniendo en fuga a sus hombres? ¿Tendré que volver a encadenarte como aquella vez, para que penes colgando en mitad del éter, con sendos yunques atados a tus pies? ¿Con tales argucias me confundes y excitas a mi poderoso hermano contra mí?

Hera agachó la cabeza, estremecida, y trató de exculparse y de aplacarlo con aladas palabras.



Presas de un júbilo homicida, los griegos sembraron el campo de vísceras y sangre.

—¡Contén tu furia, Zeus! No soy yo quien así predispone a tu hermano contra ti. Es su propio odio a los troyanos y la compasión que los aqueos le despiertan al verlos sucumbir entre sus naves lo que le ha impulsado a intervenir. Mas yo podría hablarle, si tú así lo quisieras, para hacerle entrar en razón.

Aplacó parcialmente su ira Zeus, pero receló de dejar el asunto en manos de su artera esposa.

—Vuela más bien hasta el Olimpo, y envíame a Iris, la alada mensajera, a ella comunicaré el encargo para mi hermano. ¡Y ay de él como lo desoiga!

∞

Aguardaba Iris las instrucciones de Zeus, aleteando nerviosamente frente al Crónida, en la cima del Ida, con su túnica multicolor. Este, por su parte, ponderó cuidadosamente sus palabras antes de transmitírselas, insistiéndole en que las repitiera fielmente.

—Vuela rauda hasta la boca del Helesponto y, en hallando a Poseidón, mi hermano, que reina sobre las aguas y sacude la tierra, anúnciale que ordeno que abandone al punto la lid y que regrese junto a los demás dioses, que desde lejos contemplan la batalla, o a las profundidades del mar, como más le plazca. Adviértelo también de que, si no acata lo que digo, se enfrentará a mí, y que calibre bien si, por muy igual que a mí se considere, será capaz de resistir mi acometida, pues lo supero con mucho en fuerza tanto a él como al resto de los dioses.

Partía ya la vivaz emisaria de colorido atuendo cuando el Crónida añadió:

—Cumple bien tu misión, mensajera, y procura que mi hermano entre en razón…

A la velocidad del rayo cruzó Iris la distancia que separaba el Ida de la bien construida Ilión y en la gran explanada, frente a sus murallas, encontró a Poseidón, acosando sin cuartel a los troyanos. Deteniéndolo, le transmitió, palabra por palabra, el mensaje de Zeus. Enardecido por el combate, creyendo ya muy cerca la victoria, Poseidón sintió que la sangre le hervía en las venas cuando escuchó a la alada mensajera, y a punto estuvo de apartarla de un brusco manotazo desatendiendo su advertencia. Se contuvo, sin embargo, a duras penas, y habló luego con dignidad y dureza.

—Podrá mi hermano aventajarme en fuerza, pero nada lo autoriza a darme tales órdenes. Fue el azar, y no su poder, quien determinó que reinara él sobre el ancho cielo y el éter, Hades, sobre el siniestro inframundo y yo, sobre el espumoso mar. Quedó entonces la inmensa tierra como espacio común, igual que el majestuoso Olimpo, y así ha de seguir siendo. Di al tonante que no intente intimidarme así, a mí, que lo igualo en honores, y que pruebe más bien a amedrantar a sus hijos, que son muchos, si así le place. No está hecho mi ánimo de tal pasta que su soberbia pueda acobardarme.

Escuchó Iris las palabras del dios con admiración y supo que quien las había proferido era digno del respeto que reclamaba. Temiendo, sin embargo, las funestas consecuencias que para todos, mortales e inmortales, podrían tener, tejió una densa neblina en torno a ellos, que los aisló por un momento del fragor del combate, y tocando el hombro del dios, le instó con voz dulce a reconsiderar su decisión.

—En verdad has hablado con franqueza, Poseidón, el de azulados cabellos. Mas ¿es este el mensaje que debo llevar de vuelta, como toda respuesta, al tonante? —Y mientras así hablaba, lo miró fijamente a los ojos, pues ambos sabían el enfrentamiento terrible y sin precedentes que aquellas palabras acarrearían.

Sustraído al horror de la cruenta lid por un instante, silenciosamente exhortado por la clara y deferente mirada de Iris, el noble dios supo templar su ira y reconsiderar su reacción. Sintió el polvo en la garganta y se limpió con un brazo la sangre reseca que, cubriéndole gran parte del cuerpo y el rostro, amenazaba ya con entorpecerle la visión. Sonrió, no sin melancolía, pensando en el sinfín de veces que había chocado contra el mismo muro, en pos de un anhelo que ahora, sin embargo, comenzaba a antojársele huero. Tal vez había llegado el momento, se reconoció, de aceptar cuál era el lugar que ocupaba en el universo, o ese mismo universo en el que tanto se empeñaba por ganar terreno podía acabar, todo él, desbaratado para siempre, a fuer de ser tan obstinadamente ambicioso. Poco valía además, en el fondo era consciente de ello, la honrosa paridad que reclamaba frente al rayo implacable de Zeus, ¿para qué negarlo? Enfundó la fulgurante espada y, atisbando de nuevo los altos muros de Ilión difuminados tras la neblina, puso empero una cláusula inquebrantable a su sumisión.

—Has hablado con prudencia y discreción, alada Iris, y tienes mi gratitud por ello. Me someto al dictamen de mi hermano y me retiro del combate, por esta vez, si bien sigo censurando su soberbia. Pero quede bien claro lo siguiente: si Zeus osara dejar incólume a Troya y privar a los aqueos del

triunfo en esta guerra, me opondré a él y entre los dos estallará otra como no se ha visto aún sobre la faz de la tierra.

No más hubo pronunciado estas palabras, adoptó su divina forma y se arrojó al luminoso mar. Iris las recogió fielmente y así las comunicó a Zeus, de regreso a las cumbres del Ida. Sintió, al repetirlas, como sintió también el tonante, que no era vana ni impostada la amenaza que contenían.

—Saben las erinias —dijo Zeus— que ganamos todos con la prudente decisión de mi hermano, pues hasta mi padre, Crono, y los dioses que penan con él bajo tierra hubieran tenido noticia de nuestro enfrentamiento, tal hubiera sido su violencia, y mucho sudor me hubiera costado someterlo a la fuerza. —Y suspiró aliviado el todopoderoso, como nunca lo había visto suspirar la mensajera.

Sabía Zeus, sin embargo, que no tendría ocasión de cumplir su amenaza el señor de las aguas, pues conocía el tonante por adelantado el resultado de la contienda y que, una vez el divino Aquiles se arrojara de nuevo al combate para vengar a su amado Patroclo, los acontecimientos desembocarían, inexorablemente encadenados, en la destrucción de la ciudad amurallada.

Poco más que soñar con ello podían, no obstante, todavía los fieros aqueos, que añoraban ya a Poseidón en el campo de batalla y aún tendrían que soportar innúmeras penalidades. Por de pronto, creyeron que la sangre se les helaba en las venas cuando en la distancia vieron aparecer, de nuevo armado y milagrosamente sanado por Apolo, al divino Héctor.

5

El dios aplacado

Cuando, una tras otra, las naves helenas zarparon de las playas troyanas con el viento favorable, muchas lo hacían ligeramente escoradas, tal era el peso de los inmensos botines y trofeos que portaban. También el de los prisioneros. De las bodegas y castillos de popa llegaba el lamento lacerante de las viudas, doncellas y niños allí hacinados, arrancados cruelmente de la que fuera su tierra. Se mezclaban los quejidos en el aire limpio de la mañana con los joviales cánticos de los helenos, que trepaban por los mástiles y aparejaban las velas, mirando anhelantes el horizonte. En sus cabezas sentían aún la pesadez del vino, y en sus ojos reverberaba, ya debilitado, el brillo salvaje y alucinado de la locura homicida que los trastornara durante las jornadas previas, convirtiéndolos en bestias. Ninguno quiso mirar hacia atrás aquella mañana. Nadie volvió la vista a la ruina calcinada que era ahora, bajo el vuelo circular de los buitres, la otrora

espléndida Troya. Negras columnas de humo se alzaban a lo lejos entre los restos de la ciudad devastada, que como índices acusadores reclamaban al cielo venganza.

No miraron hacia atrás los aqueos, pues tanto como el deseo de regresar a sus hogares tras diez años de penurias y cruentos combates, pesaba también en sus corazones, en aquella hora supuestamente jubilosa, la conciencia de los brutales excesos cometidos durante el asalto y el saqueo de la bien construida Ilión. Pues toda suerte de crímenes y profanaciones habían perpetrado los vencedores bajo la espectral luz de la luna, una vez que los más bravos de entre ellos salieron de la panza del prodigioso caballo de madera en el que se ocultaron y que los troyanos, creyendo a los griegos regresados y tomando el enigmático artificio por un presente, habían introducido en la ciudad antes de festejar su ilusoria victoria. El astuto ardid, fraguado por Ulises, predilecto de Atenea por su sagacidad, fue el preludio de la matanza.

Así, nadie quedaba vivo entre los escombros de la ciudad cuando los griegos retiraron los puntales bajo las cóncavas naves y, arrastrando sus cascos con pesadas sogas, las devolvieron al mar. Las gaviotas volaban excitadas entorno a ellas, preñadas de barruntos y negros presagios, mientras el último lienzo del palacio de Príamo se venía abajo con mudo estrépito.

Fue Agamenón, jefe supremo de los victoriosos aqueos, quien, presa de aquella aprensión, reclamó a los demás caudillos que se observaran los ritos pertinentes antes de la partida y se ofrecieran sacrificios a los dioses en gratitud por el triunfo y que garantizaran de un feliz viaje de regreso. Pero fue su propio hermano, Menelao, el primero que, deseoso de arrancar cuanto antes a su esposa Helena del taimado

abrazo de aquellas tierras, por tantos años prolongado, se negó a honrar a los eternos como era debido.

—Tenemos aquello a por lo que vinimos —le espetó a Agamenón, mirando con torvo gesto a la que volvía a ser su esposa, que a su vez le devolvió una mirada vacua y espectral—. Nada nos retiene aquí ya. ¿A qué y a quién regalas ofrendas y altares? Por nuestra propia mano hemos tomado lo que nos pertenecía. Partamos.

Insistió Agamenón, persistió Menelao en su cerril negativa. Pelearon los dos hermanos. Con los puños crispados, todavía en tierra, contempló el de Micenas cómo desaparecían en el horizonte las naves del esposo ultrajado, rumbo a Esparta. Nunca más volverían a verse. El mismo mensaje había llegado hasta Ulises, quien, caviloso como de costumbre, escudriñaba las cambiantes formas de las nubes desde la proa de su nave. Se sentía inquieto, impaciente. Aguardaba a los suyos un viaje más largo que a la mayoría y tendrían que surcar varios mares hasta arribar a las costas de su tierra, la áspera y luminosa Ítaca. Allí lo esperaban Penélope, su esposa, y su hijo Telémaco, que ya sería buen mozo. Le pareció razonable la consigna del Atrida cuando el mensajero se la transmitió, pero al ver zarpar las naves de Menelao a su costado, lo venció también la misma impaciencia.

—Los vientos son favorables —dijo por toda respuesta.

Y sus hombres, jubilosos, se aprestaron a levar anclas.

Todo esto lo contemplaron los dioses con ánimo cada vez más irritado. La conducta irreverente y soberbia de los griegos en su partida en nada contribuía a paliar los heréticos excesos en los que habían incurrido durante las febriles e interminables horas que había durado el saco de Troya. La pro-

funda división que entre los divinos moradores del Olimpo había suscitado la contienda la revertía ahora, concluida la guerra, la actitud de los triunfadores. Pues a todos soliviantaban aquellas muestras repetidas de impiedad. Y muy especialmente a quienes más habían contribuido a la victoria de los helenos. Eran Atenea y Poseidón los más molestos y, si bien se habían deleitado con la caída de Ilión y el linaje de los hijos de Príamo, su contento y su orgullo se habían visto pronto mancillados por la virulenta sucesión de oprobios y desmanes que había seguido a la entrada de los asaltantes en la ciudad. Que estos ni siquiera se dignasen a tributarles las debidas ofrendas en la victoria ni a solicitar su protección para el regreso colmó su paciencia y condenó la suerte de aquellos.

Cuando Poseidón vio alejarse de la playa la última nave aquea para desafiar el anchuroso océano, tramaba ya de cuántas y terribles maneras castigaría la soberbia de helenos. Durante el transcurso de la guerra había renunciado a enfrentarse a Zeus para expandir su influencia. Pero en el mar, que era su imperio, su poder seguía siendo incontestable.

Días después de su partida, víctima de los vientos y tempestades desatados por la ira divina, la gloriosa flota griega era ya un triste remedo de sí misma, muchas de sus naves extraviadas, otras tantas despedazadas, yaciendo por siempre en los abismos. De nada sirvió a sus tripulaciones arrojar por la borda sus trofeos y despojos, en un último y desesperado intento de aligerar su carga y aplacar a la deidad.

◊◊◊

Solo la pericia de Ulises había salvado a sus barcos del naufragio cierto durante las angustiosas jornadas en las que el

temporal había arreciado también contra ellos. Tal era la furia con la que las aguas batían la cubierta, alzando el casco como un juguete en manos de un niño, para volver a despeñarlo contra los feroces remolinos de espuma, y tan incesantes y virulentos arreciaban los vientos que muchos murmuraban ya que el cielo los había condenado y que era el terrible dios marino quien así se entretenía cruelmente con ellos, antes de enviarlos directos a las profundidades.

Callaba su jefe, exhausto, pero similares cosas barruntaba cuando una mañana desembarcó con una docena de sus mejores hombres en la playa de una isla cercana a las costas libias. Había avistado el itacense el brillo de grandes fogatas desde otro arrecife próximo la noche anterior y había decidido explorarla en busca de agua y alimento, tan escaso en sus bodegas a aquellas alturas de la calamitosa singladura. La expedición portaba consigo parte de las frugales provisiones que les restaban y varios odres de un recio vino tracio, extremadamente fuerte, sin aguar.

Una vez dejaron atrás la rocosa playa y se internaron en la isla, comprobaron que esta era rica en toda suerte de alimentos, incluyendo cereales y frutos. Hicieron buen acopio de ellos mientras avanzaban entre la vegetación, hasta que llegaron a una zona más escarpada y batida por el sol. Al alzar la vista pudieron divisar, en lo alto, varias cabras que roían los hierbajos a la entrada de lo que parecían ser unas grutas horadadas en la piedra, de grandes dimensiones. Con un gesto, Ulises dirigió hacia allí a la comitiva. Tras culminar el ascenso, se internaron en una de aquellas cavidades. Cuál fue su sorpresa al descubrir, en su interior, una formidable despensa de quesos, de un tamaño sorprendente, y también

de leche, contenidos en cestos y barreños descomunales. No tardaron en ver, un poco más adentro, los rediles donde el misterioso dueño de la oculta granja guardaba reses, ovejas y cabras, estabuladas por tamaños. Al ver todo aquello, instaron sus hombres a Ulises a tomar cuanto pudieran y a llevarse consigo también tantas reses como cupieran en las embarcaciones. Pero no quiso el hijo de Laertes tomar aquellos dones sin permiso de su dueño. Sentía además curiosidad por conocer a este, pues a buen seguro era él de colosal tamaño también. Así pues, plegándose a su voluntad, saciaron su hambre más inmediata con lo que tenían más a mano y, después de hacer una fogata, aguardaron la llegada del inadvertido anfitrión. Habría de arrepentirse el caudillo de su decisión.

Cuando llegó por fin a la cueva su morador, los itacenses se escondieron presa del espanto al comprobar, viendo el solitario ojo abierto en su frente, que se trataba de un cíclope, una criatura huraña y feroz. El gigante arrojó al suelo la carga de leña que traía consigo, y pareció a los guerreros que hubiera bastado con aquellos maderos para construir de nuevo la entera flota aquea. Después, moviendo una pesada rueda de piedra, de enorme tamaño, selló la entrada de la gruta, condujo a las reses que traía consigo junto a las demás y comenzó a ordeñarlas. No tardó sin embargo en percibir la presencia de los intrusos y, levantándose, se dirigió a ellos, haciendo temblar las paredes de la gruta con su monstruosa voz.

—¿Quiénes sois, extranjeros? ¿Piratas que lleváis la desgracia a los pueblos? ¿Qué es lo que os trae a estas orillas?

Se adelantó entonces Ulises y tomando la palabra le contó que eran aqueos, combatientes de la guerra de Troya, a

los que las tempestades habían hecho perder el rumbo, y que solo ansiaban regresar a sus hogares. Invocando a Zeus, solicitó la hospitalidad del cíclope, pero este se burló de las divinas leyes a las que apelaba aquel hombrecillo y le preguntó dónde estaba la nave que los había conducido allí. Ulises, intuyendo sus oscuras intenciones, contestó arteramente. Le contó que su navío había sido destruido por Poseidón, estrellándolo contra las rocas, y que ellos eran los únicos supervivientes del naufragio.

Gruñó por toda respuesta el cíclope, barruntando también el engaño, y, con un gesto brusco, extendió de repente sus manazas y, antes siquiera de que el resto pudiera darse cuenta, apresó en ellas a dos de los hombres y los aplastó contra la roca, reduciéndolos a una masa de sesos, vísceras y huesos que procedió a devorar y sorber a continuación, con gran deleite. Cayeron de rodillas Ulises y los suyos, horrorizados por aquel acto bárbaro, tirándose de los cabellos e implorando a Zeus su ayuda.

Satisfecho su apetito, el despiadado gigante cayó en un profundo sopor. Cuando los itacenses se disponían a desenvainar sus espadas para atacarlo, Ulises los detuvo.

—¿Quién apartará la piedra que cierra la salida?

Con un suspiro de angustia, comprendiendo que el sagaz rey de Ítaca tenía razón, los hombres desistieron y se perdieron nuevamente entre las sombras de la caverna, lamentando su negra suerte.

◇◇◇

Cada jornada, el despiadado cíclope repetía su ritual antropófago, guardándose mucho de que los prisioneros restantes

no escaparan cuando movía la pesada rueda y abandonaba la gruta para pastorear sus rebaños. La desesperación iba haciendo mella en el ánimo y la cordura de los guerreros, incapaces siquiera de conciliar el sueño por el pánico atroz a ser devorados. Pero el ingenio siempre activo y bien templado de su caudillo había empezado a urdir ya la manera de escapar. Aprovechando una de las salidas diurnas de su captor, Ulises exploró a fondo la cueva y, encontrando un tronco de olivo puesto a secar en un rincón, pidió a sus hombres que lo ayudaran a extraer de él una estaca alargada, del grosor de un mástil de barco. Siguiendo sus instrucciones, afilaron después concienzudamente la punta con sus espadas y luego, tras encender una hoguera, la endurecieron al fuego, lentamente. Después, cuando ya oían el hiriente vozarrón del cíclope, que regresaba canturreando a la cueva, ocultaron la estaca entre el estiércol de las reses. Una vez más los persiguió el gigante entre las rocosas paredes, con una risa demente, y una vez más dio buena cuenta de dos de ellos, los más rezagados en la huida, sin miramiento ninguno. Tras concluir el macabro festín, se dispuso, como acostumbraba, a dormir un rato. Se sorprendió sin embargo cuando, de las sombras, a punto de resbalar sobre la sangre de sus compañeros devorados, uno de aquellos hombres diminutos, el que habíale hablado el primer día y parecía su jefe, se acercó tímidamente a él sosteniendo una jarra que contenía un líquido oscuro, de fuerte y embriagador olor.

—Permíteme que te ofrezca nuestro vino, cíclope —le dijo Ulises—, pues hace exquisita la carne humana. Traía un poco como obsequio si nos ayudabas. Hasta ahora no has obrado con justicia, pero aún puedes cambiar tu proceder.

Atraído por el olor, el cíclope tomó la jarra y la vació de un trago, bajándola luego de nuevo para que Ulises la volviera a llenar.

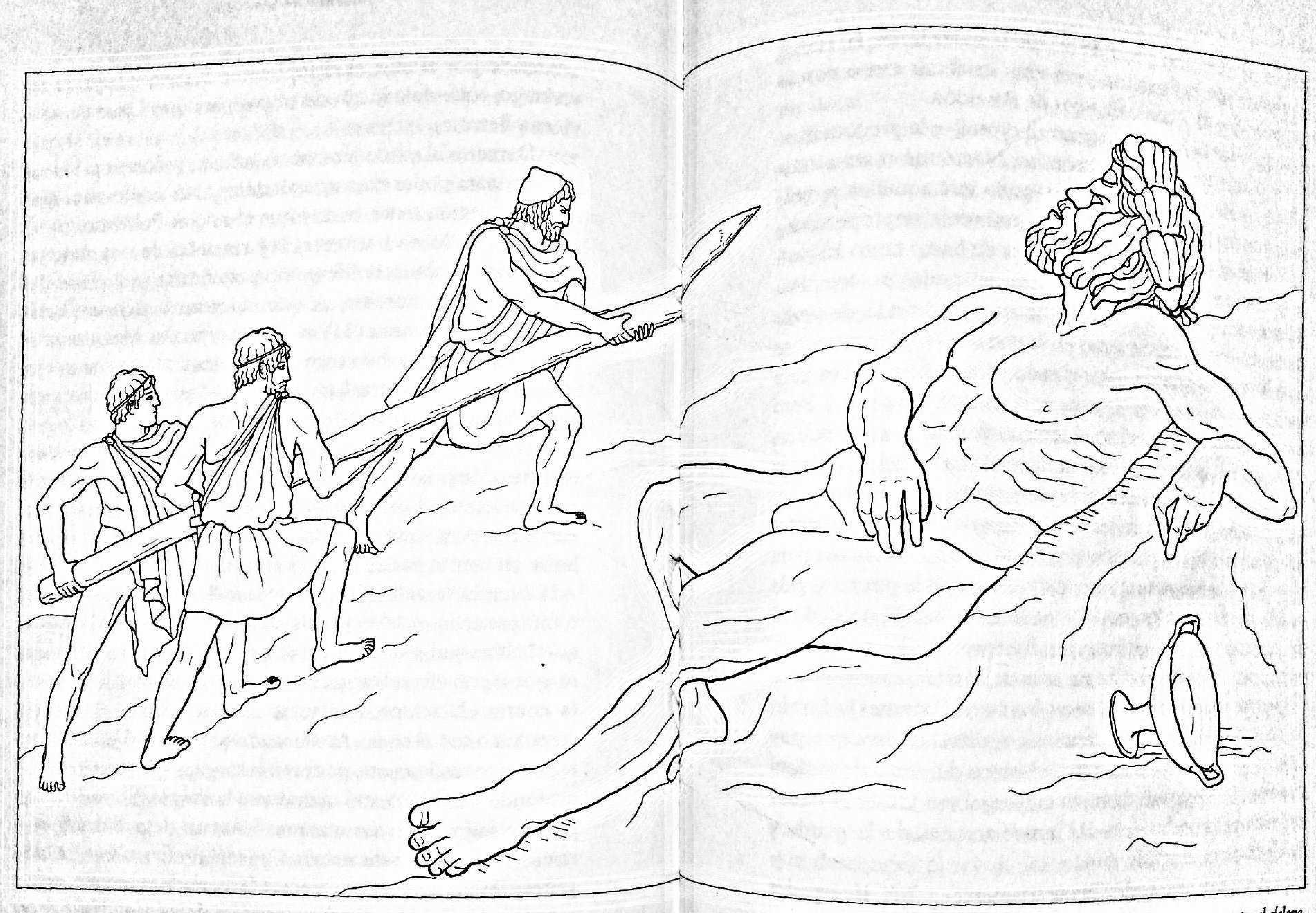
—Dame más, extranjero, no escatimes, y dime cuál es tu nombre para poder corresponderte con un regalo. Para que sepas con quién tratas, te diré que el mío es Polifemo.

Le llenó Ulises varias veces la jarra antes de responder, y otras tantas la apuró Polifemo sin pestañear.

—Te diré mi nombre, ya que quieres saberlo: me llamo Nadie —dijo entonces Ulises, viendo que los movimientos del cíclope se tornaban torpes y la mirada de su único ojo se empañaba—. Así me llamaban mi padre y mi madre, y de todos mis amigos soy conocido.

—Pues voy a darte mi obsequio: a Nadie me lo comeré el último, después de sus compañeros —respondió Polifemo, y tal diciendo se desplomó cuan largo era, completamente ebrio, pues era aquel un caldo tan potente que había de diluirse en veinte partes de agua antes de beberse.

Habiendo surtido efecto la arriesgada estratagema, Ulises tomó presto, con la ayuda de varios de los suyos, la estaca que habían pulimentado y, tras ponerla de nuevo al fuego, cargaron con ella sobre sus hombros y se lanzaron a la carrera contra el cíclope, que yacía inconsciente, tumbado de costado contra el suelo. Atravesando su párpado cerrado con la punta incandescente, perforaron su gran ojo hasta que del profundo orificio manó abundante la sangre. El alarido del gigante fue tal que sus atacantes salieron despedidos y corrieron a ocultarse de nuevo. Cegado, profiriendo terribles gritos, Polifemo buscó a tientas la entrada mientras pedía socorro. Al oír sus gritos, los otros cíclopes que habitaban



Ulises y los suyos cargaron con la estaca pulimentada y se lanzaron contra el cíclope.

en las cercanías se presentaron en la entrada de la cueva, molestos por la algarabía, pues eran criaturas tanto o más hurañas que él y, como él, hijos de Poseidón.

—¿Qué sucede? ¿A qué tanto alboroto? —le preguntaron.

—¡Nadie me mata, amigos míos, Nadie me mata a traición! —respondió el cíclope, de modo que aquellos se volvieron por dónde habían venido, lanzándole improperios.

—Pues si nadie te hace daño, ¡deja de hacer tanto ruido!

Compungido e indefenso, víctima de agudos dolores, Polifemo movió la gran rueda de piedra, mas desistió de pedir auxilio nuevamente. Se sentó en la entrada, afligido, mientras con sus grandes manos palpaba cada poco a sus costados para asegurarse de que ninguno de sus atacantes escapara. Pero también esto había previsto el ingenio de Ulises y, a la mañana siguiente, cuando las hembras sin ordeñar ya balaban por la presión de sus ubres llenas, el rey amarró a sus hombres y a sí mismo bajo el vientre de los más hermosos y peludos de entre los machos cabríos. Cuando el gigante abrió los establos para dejar salir a las reses, se apostó nuevamente en la puerta y, palpando receloso los lomos del ganado en su salida, no detectó sin embargo a los fugitivos, que, conteniendo la respiración, con el alma en vilo, ponían fin así a su hórrido cautiverio.

Una vez en la playa, saltaron los supervivientes a bordo de su embarcación, llevando consigo todas las reses que pudieron, y bogaron mar adentro, en busca del resto de la flota itacense. Al doblar un cabo, sin embargo, vio Ulises la figura del cíclope, a lo lejos, en las inmediaciones de la gruta, y desde la barca le gritó:

—¡Escucha, cíclope! ¡Osaste comerte a tus huéspedes dentro de tu casa y Zeus se ha vengado! ¡Si algún día alguien te pregunta quién te vació el ojo, dile que fue Ulises, el destructor de Troya, que nació de Laertes y tiene su casa en Ítaca!

Escuchando esto, el gigante ciego se volvió en dirección a la costa y clamó al cielo con voz sonora:

—¡Oh, Poseidón, señor de los mares, si en llamarte mi padre te complaces de verdad, te ruego que Ulises de Ítaca, nacido de Laertes, no retorne nunca a su hogar! ¡Y si está destinado que un día vuelva, que sea tarde y mal, después de perder su barco y a todos sus amigos y que en su casa no encuentre sino miseria!

Y tal diciendo, alzó en sus poderosos brazos una enorme roca y la lanzó al mar, causando gran estrépito y sacudida en las aguas. Los remeros, que suplicaban a Ulises que no siguiera provocando al cíclope herido, pues su terrible maldición les había helado el espinazo, salvaron como pudieron la embestida de la gran ola y bogaron con denuedo para alejarse de aquella isla maldita, más temerosos que antes, si cabe, del señor de los mares y su cólera terrible.

Ni la súplica de Polifemo fue vana ni los temores de los compañeros de Ulises, infundados. Poseidón oyó su queja y se conmovió profundamente por el sufrimiento del cíclope, su hijo. Durante largo tiempo todavía, el dios castigó al itacense tornando su singladura aún más luenga y escabrosa sobre el furioso mar, erizándola de nuevos peligros en los que fueron sucumbiendo, como el cíclope había reclamado a su padre, todos sus compañeros. Hasta al mismo infierno tuvo que descender el rey de Ítaca antes de arribar, solo, mucho tiempo después, a las costas de su soñada isla, y allí tuvo todavía que hacer frente a los pretendientes de su esposa, que

en su ausencia banqueteaban y arruinaban su hacienda. En su desventurado vagar conoció también, sin embargo, cuál era la manera en la que debía congraciarse con el dios.

◇◇◇

—¿Es imprescindible? —Penélope tomó las manos de su esposo en las suyas y las acercó a sus labios, implorando con la mirada. Ulises asintió en silencio con gesto tierno pero firme. No se habían separado un segundo desde su reencuentro. El héroe retiró con delicadeza la lágrima que había empezado a surcar la mejilla de su mujer mientras esta se esforzaba por devolverle la sonrisa. Luego cogió su sencillo equipaje, cargó con un remo de madera, atravesado sobre los hombros, y tras besarla, partió nuevamente.

Durante la noche anterior, el adivino Tiresias se le había aparecido en sueños y Ulises había recordado las palabras que este le había dirigido cuando acudió en su busca al inframundo. Allí, entre las sombras espectrales de los muertos, el agorero había advertido al héroe de las desdichas que lo seguían aguardando si él y sus hombres no frenaban su ímpetu y cometían más impiedades. Le había hecho saber también que era Poseidón quien conspiraba contra su feliz retorno, en castigo por el daño que Ulises había hecho a Polifemo, su hijo. Sin embargo, Tiresias también le reveló entonces cómo reconciliarse con el dios para aplacar su cólera y lograr su perdón, una vez llegara a su hogar.

—Coge un remo —le dijo el augur— y emprende viaje cargando con él tierra adentro, hasta que alances la región en la que los hombres no hayan oído jamás hablar del mar ni de las cóncavas naves, ni salen tampoco sus alimentos para



El adivino Tiresias había advertido al héroe de las desdichas que lo aguardaban.

conservarlos y sazonarlos. Sabrás que has llegado a tu destino cuando cruces tu camino con alguien que te pregunte por qué portas contigo un aventador. Detén tu marcha entonces y, allí mismo, clava el remo en el suelo. Después levanta un altar a Poseidón y sacrifica un carnero, un toro y un jabalí. Entonces podrás regresar a tu hogar y solo obrando así gozarás de dicha junto a los tuyos y de una vejez lozana antes de morir en paz.

Con aquellas palabras siempre en mente, caminó el itacense durante meses, después de dejar atrás su isla y, con ella, el aroma del mar, cada vez más lejano. Recorrió bosques y subió montañas, adentrándose en parajes cada vez más secos e inhóspitos, caminando también de noche, al abrigo del calor y guiándose por la posición de las estrellas, como tantas veces había hecho en el mar. En ocasiones, cuando la fatiga lo rendía, se apoyaba en el remo como si fuera un bastón. Hasta que un día, tras salvar las peladas cumbres del macizo de Pindo, en el corazón de la Hélade, se cruzó con un grupo de pastores que se echaron a un lado para dejarlo pasar. Uno de ellos, extrañado, le preguntó:

—Extranjero, ¿por qué cargas un aventador en primavera?

Los ojos de Ulises se iluminaron. Alzó la mirada al cielo y, apartándose unos pasos del camino, clavó el remo en el suelo. Después puso las manos en los hombros de aquel hombre, que lo contemplaba entre perplejo y divertido.

—Gracias —le dijo—. He de oficiar aquí mismo un sacrificio. Si traes a tu gente y tienes la bondad de ayudarme, te explicaré de qué se trata.

Cuando hubo oficiado el ritual tal y como el adivino Tiresias se lo había indicado, Ulises se dirigió a los hombres y

mujeres de las aldeas próximas que hasta allí se habían acercado, movidos por la curiosidad y por el deseo de conocer al extranjero, que indudablemente era de noble condición, y que con tanto esmero preparaba el altar.

—¡Amigos! —les dijo Ulises—, he recorrido un largo camino y venido desde más allá del horizonte para hablaros del mar. Sabed que, muy lejos de estas tierras se extiende una inmensa masa de agua protegida por el gran Poseidón, hijo de Crono y Rea. Al igual que en los lagos, en ella habitan miles de peces, pero a diferencia de la de aquellos, sus aguas no son dulces sino saladas. Esa sal, que se extrae en salinas y esteros, sirve además para conservar el pescado y sazonar la carne, haciéndola más sabrosa y duradera. Es el mar el lugar donde mueren los ríos, un mundo inmenso, lleno de belleza y peligros, ante cuya visión el alma se achica y se agranda a partes iguales. Lo sacuden grandes olas y lo azotan vigorosos vientos, que impulsan las velas de los barcos que surcan su superficie, ayudándose también de instrumentos como este que veis aquí, para alcanzar tierras aún más lejanas e islas como aquella de la cual yo procedo. Sabed que lo gobierna un dios magnífico y poderoso, al que tan solo el gran Zeus supera en fuerza. Su nombre es Poseidón.

Con tal vehemencia hablaba Ulises sobre el océano y su señor a aquellas gentes y a otras que encontró en su viaje de retorno, tal era el brillo de sus ojos al describir las maravillas y secretos de aquel continente azul, para ellos desconocido, en el que tantas aventuras y desventuras él había corrido, que muchos, sin conocerlo, comenzaron a anhelar el mar y a sentir curiosidad y respeto por la deidad que imperaba sobre tan prodigioso lugar. Y como quiera que alguno recelara de

las palabras de aquel extranjero locuaz y persuasivo, Ulises sacaba de su zurrón una hermosa caracola y la mostraba a los presentes, quienes, admirados de su color rosado y del brillo nacarado de sus formas, se la iban pasando de mano en mano.

—No solo es esta caracola un ejemplo de la belleza que esconden los mares —decía entonces—, también es una muestra de su fuerza. Acercad vuestro oído a su abertura y escuchad el rumor que en su interior contiene, pues no es otro que el murmullo de sus aguas. El fragor del mismo océano del que os hablo reverbera ahí, escondido en sus pliegues, por siempre.

Y se iluminaban entonces también los rostros de quienes lo escuchaban, al llevarse a la oreja la caracola y descubrir con asombro aquel sonido nuevo y desusado, lleno de misterios y de promesas que aún no sabían descifrar pero que les agitaban el corazón.

—Poderoso, en efecto, debe ser el dios que sobre tal mundo gobierna —le decían—, y para que alguien haya hecho tan largo camino.

Y hubo quienes, como Ulises, oficiaron sacrificios a Poseidón, tras escucharlo, y quisieron partir de regreso con él para que les mostrase aquella formidable masa de agua de la que les hablaba, anhelantes también de surcarla.

Todo esto lo vio el propio Poseidón desde las profundidades del océano cuya grandeza y misterios se derramaban ahora, por primera vez, en el más impenetrable corazón de la Hélade, recreados en las palabras del héroe griego. Aquellos sacrificios congratularon de una manera especial al dios de azulados cabellos, que sintió cómo el anhelo de aquellos

hombres y mujeres, en cuyas bocas sonaba con veneración, también por primera vez, su nombre, satisfacía el suyo propio. Brillaba el azul de sus aguas con una intensidad fascinante aquellos días, como queriendo merecer la apasionada descripción que de ellas hacía el hijo de Laertes, y como henchida de orgullo su blanca espuma. Y alcanzaron su destino todos los barcos que las navegaban, pues las aguas estaban serenas y los vientos eran favorables. Ulises no solo apaciguó a la deidad y logró su perdón, sino que llenó su pecho de contento, y también el de Anfitrite, su esposa, que suspiraba, aliviada y enternecida, al ver cómo la melancolía que por tanto tiempo había velado la mirada de su esposo, tornándola amarga, se trocaba en jovialidad. Por fin los hombres lo conocían y veneraban en tierra firme.

Tuvo el héroe esta vez, tras cumplir con su misión, un feliz regreso a Ítaca, y también una vejez feliz, como el adivino Tiresias le había augurado. Y también él, en aquellos últimos años, sacaba de cuando en cuando, secretamente, la preciada caracola y, cerrando los ojos, con un ligero temblor de las manos, se la llevaba al oído.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Poseidón es el señor de los mares y de las criaturas que viven en sus aguas, pero también tiene poder sobre los terremotos y sobre animales tan terrestres como el caballo. Todo parece indicar que en sus orígenes fue una deidad más enraizada en la tierra que en el mar.

A lo largo de su historia, los griegos siempre han mirado al mar. Con respeto, pero también con la voluntad de explorarlo y conocer sus secretos. Es lo que narran mitos como el de los argonautas, los primeros en hacerse a la mar en un barco, o el del regreso de Ulises a su patria. El resultado no fue otro que la expansión griega por el Mediterráneo, primero con la conquista de las innumerables islas que rodean la Grecia continental, más tarde con la fundación de colonias en las costas que se extendían desde de Jonia, en Asia Menor, hasta la península ibérica.

Para esos marinos, el mar era un medio tan fascinante como imprevisible, una fuente de vida y a la vez un lugar de muerte por su carácter voluble y traicionero. De un momento a otro podía cambiar, encresparse, enfurecerse hasta engullir a la nave más sólida como si se tratara de una simple cáscara de nuez. Sus abismos, además, estaban poblados de monstruosas criaturas, de peñascos que parecían cobrar vida... Por todo ello, antes de emprender la

travesía, los marinos se encomendaban al dios que reinaba en la inmensidad de ese medio acuático, Poseidón. «Salud, Poseidón, que la tierra recorres, el de oscuro cabello: con corazón favorable protege, bendito, a los que navegan», reza el poema dedicado a esta divinidad recogido en los *Himnos homéricos*, una heterogénea colección compuesta entre los siglos VII a.C. y la época imperial.

DE LA TIERRA AL MAR

Poseidón era el dios del mar, las fuentes y los lagos, no así de los ríos, que eran divinidades por sí mismas. Esa era la parcela que le había tocado en suerte en el reparto del mundo que hizo con sus dos hermanos Zeus y Hades después de derrocar a su progenitor, el titán Crono. Eso es así al menos desde el siglo VIII a.C, fecha en la que se sitúa la composición de la *Ilíada* de Homero. En esa epopeya, el propio señor del piélago profundo recuerda: «Tres somos los hermanos nacidos de Crono a quienes Rea alumbró: Zeus, yo y, el tercero, Hades, soberano de los de bajo tierra. En tres lotes está todo repartido, y cada uno obtuvo un honor: a mí me correspondió habitar para siempre el canoso mar, agitadas las suertes; el tenebroso poniente tocó a Hades, y a Zeus le tocó el ancho cielo en el éter y en las nubes. La tierra es aún común de los tres, así como el vasto Olimpo».

Mas ¿fue siempre así? Hay numerosos indicios de que Poseidón fue en origen un dios que nada tenía que ver con las aguas. En ese mismo poema épico su nombre se acompaña de expresiones como «sacudidor de la tierra» o «el que bate la tierra». Poseidón, además, era el señor de los terremotos, esas «sacudidas» que todo lo destruyen. Y no menos «terrestres» son el caballo y el toro,

los dos animales más estrechamente asociados al mito del dios. El primero, cuyo galope sacude la tierra, hace que a Poseidón se le dé el epíteto de Hipio («de los caballos»). Uno de los episodios de su mito refiere que él mismo tomó en una ocasión esa forma para unirse a la diosa Deméter, transformada entonces en yegua, unión de la que nació un caballo salvaje, Arión. En cuanto al toro, es el animal que hizo surgir de las aguas cuando el rey cretense Minos le prometió ofrecerle un sacrificio.

La etimología acaba de confirmar esta primera vinculación de Poseidón al mundo terrestre: su nombre estaría formado por dos términos, *pósis* («hombre», «esposo») y *Da* (una versión de Gea, la Tierra), lo que vendría a significar «esposo o señor de la Tierra». Si se relaciona esta interpretación con la de Deméter, cuya etimología equivale a «madre Tierra», su unión no sería sino una especie de hierogamia o matrimonio sagrado. No obstante, no es la única etimología que se ha dado. Otra, que trata de reforzar la relación del dios con las aguas, señala que Poseidón tiene la misma raíz que palabras como *potó* («bebida»), *posis* («beber») o *potamós* («río»).

De lo que no hay duda es de que se trata de un dios al que se rendía ya culto en época micénica. Las tablillas en lineal B (el sistema silábico empleado para escribir griego micénico) halladas en las ruinas de Pilos no solo muestran su nombre (*po-se-da-wo-ne*), sino que sugieren también que se trataba de la divinidad suprema de su panteón, a la que, como tal, se le ofrendaban grandes sacrificios de animales. Posteriormente es posible incluso que se diera cierta confusión entre el dios y su hermano Zeus, ambos irascibles, ambos incontinentes en lo que a pasión amorosa se refiere... Y así debió de ser hasta que, a partir de la *Ilíada*, el sitio de cada cual quedó claramente delimitado.

LA FUERZA SALVAJE DE LOS ELEMENTOS

Curiosamente, y a pesar de esa vocación marinera de los griegos, el patronazgo de Poseidón no era el más solicitado. Al respecto hay muchos mitos en los que el dios se disputa con otros olímpicos la primacía sobre una ciudad, casi siempre para salir derrotado. Es lo que le pasó en Argos con Hera, en Corinto con Helio, en Egina con Zeus y en Atenas con Atenea. Posiblemente se lo considerara un dios demasiado primigenio, demasiado vinculado a la naturaleza, aunque su poder sobre las fuentes fuera esencial para el cultivo de los campos y la subsistencia de las personas. Al respecto, es ilustrativa la comparación con Atenea, su más denodada competidora: si él es el dios de los caballos, ella es la que inventa la brida para dominarlos; si él manda en el mar, ella inspira la navegación... En el fondo, de lo que se trata es del choque entre la civilización y la fuerza salvaje de los elementos. La única tierra en la que reinaba sin oposición era la Atlántida, finalmente condenada por los dioses a desaparecer por la soberbia de sus habitantes.

Aun así, son muchos los templos que se le dedicaron. El más bello, por su factura y no menos por su privilegiado emplazamiento, es el que se levanta en la misma punta del cabo de Sunion, un promontorio desde el que se podía controlar toda nave que llegara al Ática. Levantado en el siglo v a.C.en estilo dórico, el templo representaba para los marineros un recordatorio del dios al que encomendaban o debían sus vidas, según partieran o llegaran a puerto.

El geógrafo Pausanias (siglo II d.C.) habla también de santuarios en lugares como Sición y Asea, en el Peloponeso, o en la isla de Calauria (actual Poros, en las Sarónicas). Pero el más espectacular y mejor conservado de todos es el que se halla en la antigua Poseidonia, una colonia de elocuente nombre fundada en el siglo VII a.C. por colonos de Síbaris y hoy más conocida por el latino Paestum (Campania

italiana). No obstante, la tradicional atribución a Poseidón de este templo dórico de mediados del siglo v a.C. ha sido rechazada en los últimos años por los estudiosos a favor de Hera, quien ya tiene otro santuario en el mismo yacimiento (un tercero corresponde a Atenea). De ser así, sería una nueva derrota del dios de los mares.

En Roma, Poseidón fue identificado con una antigua deidad itálica, Neptuno, tan oscura que carecía de leyendas propias. Era el dios del elemento húmedo, cuya fiesta, la Neptunalia, se celebraba el 23 de julio, el mes más seco del año. Es probable, por tanto, que su función fuera la de atraer las lluvias.

EL ENEMIGO DE TROYA

Como se ha visto, la *Ilíada* es el poema que sitúa ya a Poseidón como deidad de los mares. Su presencia a lo largo de la obra es destacada, algo lógico si se tiene en cuenta que, con Apolo, fue quien construyó las fuertes murallas de Troya. La negativa del rey Laomedonte, padre de Príamo, a pagarle la soldada correspondiente fue lo que motivó su resentimiento contra los troyanos y lo que lo llevó a luchar en el bando de los aqueos, aunque luego pretendiera también destruir el muro que estos construyon para proteger sus naves por miedo a que esa obra disminuyera la gloria de la muralla troyana, o salvara a Eneas de morir a manos de Aquiles.

Uno de los pasajes más originales es el de su bajada del Olimpo hasta su palacio submarino, del que sale acompañado de todo su cortejo marino: «Una vez allí, unció al carro dos caballos, de pezuñas broncíneas, vuelo ligero y crines áureas que les ondeaban. Se vistió de oro su cuerpo, asió la tralla áurea, bien fabricada, montó en el carro y partió sobre las olas. A su paso los monstruos marinos hacían

Unos juegos para un dios

La ciudad de Corinto tiene una particularidad especial: se levanta en un istmo que une el Peloponeso con la Grecia continental y está bañado por dos mares, el Jónico y el Egeo. Era, pues, un lugar ideal para rendir culto a Poseidón. Y si bien en la disputa divina por hacerse con el patronazgo de la ciudad el vencedor fue Helios, el dios encargado de llevar el carro del sol, al dios de los mares le quedó el consuelo de que se le levantara un santuario en el puerto de Lequeo, en el golfo de Corinto, otro en la vecina localidad de Istmia y, sobre todo, que se constituyeran en su honor unos juegos panhelénicos solo inferiores a los dedicados a Zeus en Olimpia. Eran los Juegos Ístmicos, fundados en 1259 a.C. según la llamada Crónica de Paros (una cronología grabada en mármol que recoge acontecimientos desde el siglo XVI hasta el III a.C.), aunque su primer testimonio date de fecha mucho más reciente, 582 a.C. Según una tradición local, fue Sísifo quien los instituyó en honor del pequeño Melicertes, cuyo cuerpo sin vida habría llevado hasta el istmo un delfín (animal asociado a Poseidón), mientras que para los atenienses se debieron a Teseo, quien no sería hijo del rey Egeo, sino del dios marino. Sea como fuere, estos juegos se celebraban el primer y el tercer año de cada olimpiada (periodo de cuatro años que marcaba la cronología griega) y consistían en competiciones poéticas, musicales y pictóricas, pero sobre todo atléticas y ecuestres, estas últimas inevitables, dada la relación del caballo con Poseidón. Los vencedores de cada prueba recibían una corona de pino, sustituida más tarde por otra de apio seco.

fiestas con cabriolas desde sus cubiles por doquier, y nadie ignoró a su soberano. El mar se hendía de alegría abriendo paso; los caballos volaban muy ágilmente, y debajo el broncíneo eje ni siquiera se mojaba; así lo llevaban los caballos, de ágiles brincos, a las naves de los aqueos». La fortuna de estos versos en las artes plásticas ha sido considerable, sobre todo en el ámbito del mosaico romano.



Este mosaico de la primera mitad del siglo III d.C. es una de las representaciones del triunfo de Neptuno inspirada en la Ilíada *y la* Eneida*. El dios conduce a toda velocidad un carro que tiran dos hipocampos. La obra fue hallada en la casa de Qued Blibane, en Hadrumetum, una de las ciudades más importantes del África romana (Museo Arqueológico de Susa, Túnez).*

No menor es el relieve del dios en la *Odisea*, solo que aquí en el papel de antagonista de Ulises y de su protectora Atenea. El odio que siente por el de Ítaca tiene origen en el episodio sobre el cíclope Polifemo, un hijo de Poseidón al que Ulises emborrachó y cegó. El dios se muestra especialmente iracundo, y no solo con el ingenioso hijo de Laertes: a Áyax Oileo lo hace naufragar hasta que halla «su destino tragando las aguas salobres», mientras que al barco de los feacios que desembarcó a Ulises en Ítaca «lo convirtió en peñasco y, tendiendo su mano, de un golpe enraizólo en el fondo del mar».

En el escritor sirio de expresión griega Luciano de Samosata (siglo II d.C.) todo se vuelve más paródico. El Poseidón de *Diálogos marinos* es un rey más bien apacible y bonachón que gusta pasar el tiempo cotilleando, aunque también consolando a su hijo Polifemo por la perfidia de Ulises, jugueteando con sus delfines, discutiendo con su esposa Anfítrite y, por qué no, echando una cana al aire, aunque sea por medios tan poco edificantes como el secuestro o la violación con la apariencia de otro...

En la literatura romana, Poseidón, o mejor dicho, Neptuno, interviene de forma decisiva en la *Eneida* de Virgilio (70-19 a.C.), la gran epopeya nacional latina. No solo salva al protagonista, Eneas, de la tempestad que Juno (Hera) ha desatado contra él, sino que promete a la madre del héroe, Venus, que velará por que llegue sano y salvo a Italia. Virgilio no puede resistirse tampoco a componer su propia versión del cortejo del señor del mar: «Unce padre Neptuno sus corceles con sus jaeces de oro, prende en su boca el espumeante freno y sus manos les dan todo el rendaje [...]. Y aflora la variada traza de su cortejo: las ingentes ballenas, el coro inveterado de Glauco, Palemón, hijo de Ino, y los raudos tritones. Y el ejército todo de Forco. A la izquierda van Tetis y Mélite y la virgen Panopea y Nisa y Espio y Talia y Cimódoce».

EL TRIUNFO DE POSEIDÓN

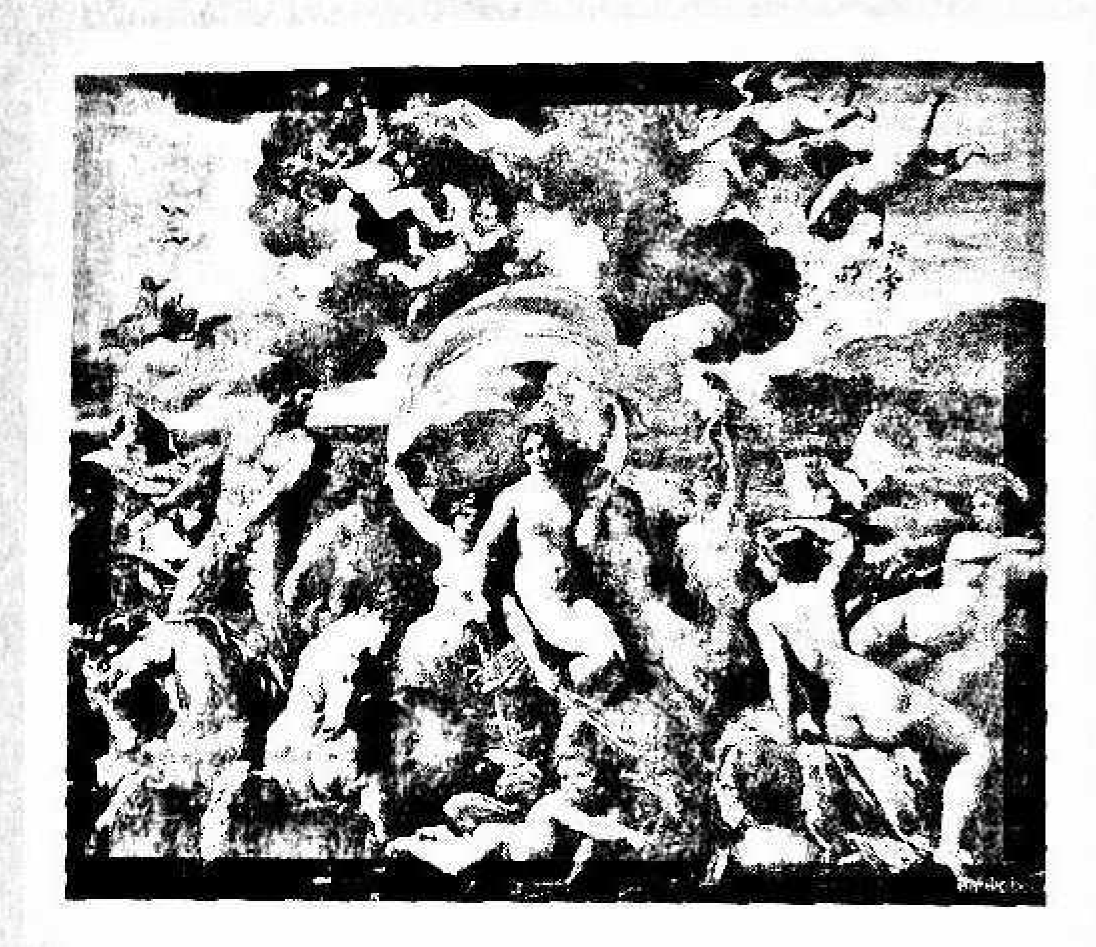
Los griegos representaron al dios en vasos de cerámica pintada, como un lécito o ungüentario de figuras rojas del siglo v a.C. en el que se ve a Poseidón armado con su tridente. Pero es en la escultura donde dejaron las mejores imágenes de él. Una de las más impresionantes es el *Poseidón del cabo Artemisio*, un bronce del siglo v a.C. que muestra al dios en actitud desafiante, a punto de lanzar algo que

bien podría ser su tridente o un rayo, lo que ha hecho que algunos investigadores se inclinen más por una representación de Zeus que de Poseidón. Por el delfín que lo acompaña, la atribución es clara en el *Poseidón de Milo*, realizado en mármol a finales del siglo II a.C.

En época moderna, el número de representaciones de Poseidón es inabarcable. Y ello por la sencilla razón de que el dios se convirtió en el motivo perfecto para ornar cualquier fuente o estanque, monumentales o no. Una de las fuentes más antiguas es la de la Piazza della Signoria de Florencia, obra notable de Bartolomeo Ammanati (1511-1592), pero que palidece ante el delirio barroco de la más famosa de todas, la romana Fontana di Trevi, que a mediados del siglo XVIII diseñaron el arquitecto Nicola Salvi (1697-1751) y el escultor Pietro Bracci (1700-1773): Neptuno aparece en ella sobre un carro en forma de concha que conducen dos caballos domados por sendos tritones. Más recargada aún si cabe es la Fuente de Neptuno que el arquitecto Johann Ferdinand Hetzendorf von Hohenberg (1733-1816) concibió para el palacio de Schönbrunn, en Viena. En ella, el dios está acompañado de una nereida, hipocampos y tritones, y todo en una alambicada escenografía de grutas, rocas y conchas marinas.

Como los escultores, los pintores se han sentido también tentados por el tema del triunfo del dios y su cortejo, ideal para desplegar los más fantasiosos caprichos marinos. Es lo que hicieron, entre otros, el flamenco Frans Francken el Joven (1581-1642), el italiano Sebastiano Ricci (1659-1734) o el francés Nicolas Poussin (1594-1665). Otros, como el flamenco Jan Gossaert (1478-1532), prefirieron retratar al dios y su esposa Anfítrite, él con sus partes pudendas cubiertas por una caracola no precisamente pudorosa. El mismo tema aparece de manera más clásica en Paris Bordone (1500-1570) y de modo más descarnado en Jacques de Gheyn (1565-1629), cuyo Poseidón es un viejo más bien decrépito, mientras que en *Neptuno y Anfítrite en la*

tempestad, Jacob Jordaens (1593-1678) retrata a la pareja y a su séquito desatando la furia de los elementos. Con un sentido más alegórico, Giovanni Battista Tiepolo (1696-1770) pintó a Neptuno ofreciendo sus dones a Venecia: el dios derrama las riquezas de una cornucopia ante una dama ricamente vestida que representa a la ciudad de los canales, la gran dominadora del Mediterráneo durante siglos.





El triunfo de Neptuno ha sido el tema preferido de muchos pintores a la hora de representar al dios de los mares. Arriba, El triunfo de Neptuno, o el nacimiento de Venus *(Museo de Arte de Filadelfia), una obra en la que el clasicista francés Nicolas Poussin se las ingenió para unir en una misma escena dos acontecimientos míticos que comparten el mismo escenario: el mar. Abajo,* Neptuno y Anfitrite en la tempestad *(Rubenshuis de Amberes), del flamenco Jacob Jordaens, cuya composición, pincelada y forma de modelar tanto las figuras como el paisaje recuerdan a su maestro, el pintor barroco Peter Paul Rubens.*

UNA FIESTA POR LA PAZ

Aunque el fondo marino no es espacio adecuado para el arte musical, Poseidón también sabe cantar e incluso bailar. En el barroco, el francés Jean-Philippe Rameau (1683-1764) compuso su ópera *Naïs* para celebrar la firma del tratado de Aquisgrán que, en 1748, puso fin a la guerra de Sucesión Austríaca. Se trata, por tanto, de una obra festiva con un prólogo en el que Neptuno y Júpiter simbolizan respectivamente a Jorge II de Inglaterra y Luis XV de Francia, ambos dispuestos a entenderse e incluso a reinar unidos. El argumento de la ópera propiamente dicha (los amores de Neptuno por una ninfa en una Corinto en plena celebración de los Juegos Ístmicos) no es sino una excusa para crear un brillante espectáculo de corte, bien salpimentado con coros y danzas.

Merece también ser tenida en cuenta una curiosa obra de un no menos curioso compositor, el británico Gerald Hugh Tyrwhitt-Wilson (1883-1950), más conocido como Lord Berners. Su ballet *El triunfo de Neptuno* es una fiesta, un dechado de ingenio y humor cuyo argumento, según su autor, mezcla «la ingenuidad de la pantomima victoriana, Julio Verne y la sátira moderna», mientras que la música se muestra absolutamente ecléctica, con guiños a la tradición clásica y a la danza popular.

Índice